PAQUITA.

ADORACION.

NOVELAS ORIGINALES

DE LA

Señorita Doña Carolina Coronado.

Precedidas de un prólogo

POR

D. ADOLFO DE CASTRO.

San Fernando.

IMPRENTA Y LIBRERIA ESPAÑOLA.

A CARGO DE D. JUAN ALVAREZ.

1850.

Es propiedad de su editor.

Imprenta y librería Española.
á cargo de D. Juan Alvarez.

R. 8233

INDICE.

PROLOGO de D. Adolfo de Castro.....*Pág.* 5
PAQUITA, novela original.
Cap. I.—Galantería de príncipe..... 17
II.—Ojo de rey..... 25
III.—Dos príncipes que no se parecen..... 34
IV.—Obediencia de una jóven portuguesa..... 42
V.—Un duque que no sabe leer, ni escribir ni hablar 53
VI.—La luna de miel..... 60
VII.—Los trescientos patos y un ganso..... 66
VIII.—Ya encontramos á Delia..... 75
IX.—El duque correo..... 82
X.—Resolucion de un poeta solitario..... 90
XI.—Sitiar por hambre 97
XII.—Dos pájaros para un bebedero 104
XIII.—Un hombre que latiniza..... 111
XIV.—La verdadera locura del poeta..... 116
XV.—El pájaro muerto..... 121
ADORACION, novela original.
ADVERTENCIA..... 131
Cap. I.—..... 133
II.— 146
III.— 155
IV.— 166

PRÓLOGO.

Pues este es prólogo de novela, vá de cuento.

Allá en tiempos antiguos, celebrábanse en Tolosa de Francia juegos florales, para premiar á los ingenios mas doctos en la GAYA CIENCIA.

Los mantenedores de estas justas poéticas, caballeros de la corte de Amor, cantaban

en dulces trovas el poder de la hermosura, el encanto de unos divinos ojos, la pena de servir sin esperanza de galardon, y las esquiveces del dueño á quien habian rendido el albedrío.

Gages de estas batallas de amor é ingenio eran una violeta, una zarza-rosa y una maravilla de oro.

Clemencia Isaura, dama muy honorable, asi por su ciencia como por sus virtudes, solia presidir estas justas, coronada de flores y llevando pendiente en la cintura una guirnalda de frescas rosas.

Cierto dia entraron los trovadores en el consistorio de amor, y dieron principio á la lectura de sus versos. Cuál lloraba la cautividad de su corazon, preso en los negros cabellos de su desdeñosa amada: cuál en sentidos acentos se lamentaba de querer un imposible: cuál decia que la mayor pena eran los celos:

cuál que el verdadero amor la gloria mas deseada y mas trabajosamente adquirida: cuál que las finezas contra los desaires, la constancia contra los desvíos y los rendimientos contra los desdenes, bastaban á quebrantar las puertas de diamante, labradas por el vendado Dios, con el propósito de burlarse de los firmes y leales amadores que siguen las banderas de su milicia.

Todos pintaron sus tormentos ó sus dichas en trovas, dignas de perpétua memoria, ya por la delicadeza de los pensamientos, ya por las gallardías del estilo. Clemencia Isaura y los demas jueces del certámen estaban cercados de dudas; porque tal valor tenian los versos leidos, que dar la preferencia á unos era agraviar á los otros, y hacer que los favores hallasen entrada en un asunto, donde la justicia debia solamente señalar, no al mas venturose, sino al de mas ingenio en describir sus dulcí-

simos afectos ante el consistorio de la GAYA CIENCIA.

Cuando mas suspensos se encontraban los jueces, asomó en la sala del certámen un viejo de luenga barba y cabellos, émulos de la nieve en la blancura. Era el célebre nigromante español Pero Illan, que dejando la cueva en que moraba cerca de Toledo, labrada por los malos espíritus só las aguas del Tajo, habia emprendido el camino de Tolosa para pretender los premios reservados á los trovadores.

«¡Oh bella Clemencia! (dijo Pero Illan) yo te saludo. Sabrás que vengo en demanda de la violeta de oro, de la zarza-rosa y de la maravilla, con que tú y los de tu corte soleis premiar á los que se aventajan en el arte de componer trovas y decires.

No creas que la codicia de premios, de tan alto valor para los mortales, me forzó á dejar mi escondida gruta, por encima de la cual

pasan rápidamente las cristalinas ondas del Tajo. Ellas me enseñaron el menosprecio de las pompas y vanidades del mundo, comparándolas con la sombra de las aves que vuelan sobre el rio. Las aguas retratan su imágen, y al punto la desvanecen.

Pero como en uno de los siglos que están por venir ha de honrar á las musas españolas una insigne poetisa, orgullo de las márgenes del Guadiana, yo entendiendo por mi ciencia cuán grande será su ingenio y cuánto el mérito de sus escritos, y habiéndose encendido en mi pecho una devocion singular á todos los rasgos de pluma tan sobrehumana, determiné abandonar por breves horas mi silencioso retiro, y poner ante los ojos de tí y del noble concurso de esta academia las obras que escribirá una dama de tal valía.

Estas trovas, hermosas como sus sentimientos y llenas de candor y ternura, merecen la violeta de oro.

Estos ensayos de novelas, hijos de su delicado ingenio, de su elegancia en el decir y del encanto con que viste sus pensamientos, piden la zarza-rosa.

Y bien es que pues hasta yo admiro los escritos que en uno de los futuros siglos, para gloria de su patria publicará esta dama, el consistorio de la GAYA CIENCIA, dé tambien la maravilla de oro á quien será en su tiempo maravilla.»

Esto dijo Pero Illan á Clemencia Isaura y á los mantenedores de las justas poéticas que entónces habia en Tolosa.

Presentóles unos fieles traslados de las obras que aun no eran compuestas; pero que él por sus malas artes conocia desde luego.

Leyólos Clemencia Isaura, y admiráronlos los trovadores del consistorio; y todos de consuno acordaron entregar los premios á Pero Illan con el fin de que los guardase hasta que

en el tiempo esperado pudiesen honrar á la ingeniosísima poetisa de las riberas del Guadiana.

Tambien dieron al nigromante un pergamino donde se leia, escrita en lengua lemosina, el acta de las cortes de Amor, firmada de mano de Clemencia Isaura y sellada por el canciller de la Academia.

Volvió Illan á su cueva, y en ella guardó la violeta, la zarza-rosa y la maravilla, todas de oro, juntamente con el acta que tanta honra daba á la poetisa que aun no era nacida.

Quieren decir algunos que el santo oficio de la Inquisicion metió en las cárceles secretas de su tribunal al viejo nigromante, que tantos años habia morado só las aguas del Tajo, y que al cabo el pobre Illan fué reducido á cenizas en Toledo para escarmiento de bellacos, dados al servicio de Luzbel y con la cohorte de espíritus infernales. Esto afirman al-

gunos autores; aunque por conjeturas verosímiles y parecer de hombres doctos en historia, se sabe que Pero Illan salió sano y salvo de las prisiones del Santo oficio por la malicia de sus artes y por el favor que le prestaron en su cuita los ángeles de las tinieblas, con los cuales se fué á vivir tranquilamente.

Sin duda por la destreza de este nigromante en irse de entre las manos ó garras de los inquisidores, el vulgo determinó perpetuar la memoria de tan notable hecho, diciendo para loar de muy astuto á cualquier hombre: *Ese es un perillan.*

Con los papeles suyos se encontró el pergamino consabido, pero no la violeta, zarzarosa y maravilla de oro, las cuales, segun se cree, debieron ser hurtadas por los jueces del Santo oficio: hurtadas, digo, con el nombre de confiscadas.

El pergamino dió en manos de un curio-

so: por su muerte pasó á las de otro; y de ese á las de un abuelo de un mi amigo, que me ha transmitido la noticia de tan peregrino documento.

El nombre de la poetisa y novelista está muy borrado; pero segun las señales y algunas letras que aun se conservan claras, no cabe linaje alguno de duda en que era el de

CAROLINA CORONADO.

Adolfo de Castro.

Cádiz 1.° de Diciembre de 1849.

PAQUITA.

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO I.

Galanteria de Principe.

Os aseguro que nada hay mas delicioso que la quinta portuguesa de don Francisco de Saa de Miranda en 1530. Don Francisco de Saa es un poeta portugues de tan buen gusto, que abandona en la corte los favores de Juan III para retirarse á esta quinta. A la estrañeza de sus amigos, porque desdeña asi la privanza del monarca como los placeres del hermoso puerto, responde, que está cansado de vivir entre colgaduras de damasco, y de reposar so-

bre sillones de terciopelo, y que necesita descansar sobre un asiento de box, reclinando su cabeza en una pared vestida de yedra, para refrescar las poéticas ideas que el lujo vá marchitando en su mente. En vano el infante don Enrique, que luego fué cardenal, se esfuerza en detenerle á su lado.

—¿Qué ambicionais? le dice: el rey os ha hecho comendador, y os ha dado el hábito de Cristo; vuestro ingenio os ha conquistado fama en España y renombre en Portugal; sois el jóven mas gallardo de Lisboa; las damas se disputan vuestros amores, ¿qué os falta, qué deseais?

—Respirar el aire libre de mi quinta, contesta Saa.

Todavia don Enrique se lisongea de hacerle mudar de intento.

—Venid esta tarde (le advierte con aire misterioso) y pasearémos por el rio con la jóven mas bella de palacio. Ha llegado ayer de Lóndres y aun no la conoceis.

Saa no reusa el paseo; pero acude á la cita sin apresurarse y saluda á la bella con indiferencia.

¿Conoceis el mar? conoceis los puertos? fuísteis tan dichosos que en una pequeña barca hendiendo las olas entre los grandes buques, os vísteis trasportados á ese encantado palacio que llaman los mares? ¡Oh qué risueño rio el Tajo que pasa ante Lisboa en 1530! Todavia el monstruo negro que asfixia al navegante con las emanaciones del gas no habia venido á conmover al paso de su rueda las pacíficas barcas, ni á ofender con sus torrentes de humo las claras brisas del Occéano. Aun no se habia sustituido al blanco y flotante lino de los buques la hirviente y pesada caldera, y paseaban aquellos tendiendo magestuosamente sus alas por la superficie del Atlántico, como una bandada de grandes gaviotas que se acojen al puerto cuando se aproxima la noche.

Cinco personas notables van en la barca donde resuena la música de una marcha real. El infante don Enrique, el príncipe don Fernando, dos damas enlutadas, y el poeta favorito del rey.

Es don Fernando de agraciada persona, y sabe ser príncipe en sus palabras y en sus acciones. Es príncipe y lo parece. Hay quien lo

es y no lo parece. Don Fernando tiene la gallardia de la nobleza de los antiguos siglos, aquella gallardía que ya no existe, y que tal vez nunca volverá á existir en Europa. Nuestros príncipes vestidos de guerreros, parecen lo que nuestros guerreros vestidos de príncipes; es decir, que no parecen ni príncipes ni guerreros.

Pero don Fernando sí. Solo el cuello de don Fernando, en la postura que guarda, basta para declararle por príncipe de la sangre, y de la sangre portuguesa mas pura, mas esquisita, y mas azul. Ese cuello erguido, que ni aun sufrir puede el peso de los negros rizos que bajan sobre su espalda, y que por eso sacude con un movimiento continuo, es un cuello del que puede una mujer enamorarse por el retrato, que es solo lo que ha quedado de aquel príncipe tan lleno entonces de juventud, de dignidad y de belleza.

Ay! pero ¿qué es lo que ha quedado tambien de la dama enlutada que á la derecha del príncipe se entrega al placer que en ella escita la contemplacion de la tarde? El habla dulce de las portuguesas es irresistible cuan-

do se exhala de una linda boca (lo que no suele verse con mucha frecuencia en Portugal, pero que se vió entonces con asombro de los portugueses, y sobre todo del príncipe). Era una boca española con lengua portuguesa; y cada vez que esclamaba dirijiéndose á la otra dama para mostrarle el efecto del sol sobre el agua: *Ah mia senhora! Ah qué fermoso!* El príncipe suspiraba, y suspiraria todo lector que se hallase en un caso idéntico.

El infante don Enrique quiere despertar la atencion del poeta, y le dice al oido.

—Habeis visto una boca mas bonita? Oisteis una voz mas dulce?

—No seguramente, replica el poeta, sin apartar la vista de los remolinos que hace el agua batida por los remos.

—¡Qué tarde! prosigue don Enrique ¿no os conmueve esa música? Mirad qué perspectiva la de aquellos cuatro buques que navegan en la misma direccion. ¿No estais encantado? ¿Qué deseais? vuelvo á decir.

—Oir cantar los pájaros en la arboleda; ver nadar los patos en su estanque.

—¡Sois insufrible, esclama el infante! Qué

haceis? continúa dirijiéndose al príncipe que se dispone á tomar el remo. ¿Quereis que nos ahoguemos esta tarde?

—Nada temais, responde don Fernando, la bella Paca es no solo diosa de la tierra, sino de los mares, y si os hundo en el Tajo podeis estar seguros de que ella os salvará en una concha.

Se llama Paca? dijo el poeta que empezaba á mirar á la jóven con mas cuidado. Y haciendo un gesto se volvió á mirar el agua: Paca! Dónde hay consonante armonioso para el nombre de Paca?

Mucho mas bello era en el siglo XVI *Nise*, *Delia*, ó *Aminta*. ¿Qué égloga ha de componer un poeta en que no desdiga el nombre de Paca? ¿Dónde hay pastora que quiera arreglar su zampoña á tan prosáico nombre? ¿Cómo don Francisco de Saa, que se dá á sí mismo el nombre de *Nemoroso*, (1) ha de entablar diálogos de amor con una pastora que se llama Paca?

Pero es indudable que don Fernando se propone hundir á Paca sino suelta el remo.

(1) Egloga 2.ª

Ya no se ven sino las torres de Lisboa y el aire de la noche, encrespando las olas, hace subir estas lo suficiente para salpicar el rostro de la divina Paca.

Oh! grita el príncipe remando con un brazo, y levantando el otro al cielo; por favor no os limpieis el rostro. Asi brilla el rocio matutino en las hojas de la rosa.

Al nombre de rosa el poeta se conmueve, y admira en efecto la frescura de aquel semblante. Escribir un soneto es lo primero que le ocurre. Pero, ¿cómo diablos ha de escribir un soneto á una muger que se llama Paca?

La fatalidad del nombre de una muger robó por entonces á los portugueses la gloria de poseer en su literatura otro soneto.

El príncipe ya no rema. Ha estraviado la barca lo que se necesita para alargar el paseo, y que le halle la noche al lado de su enlutada; y vuelve á ocupar su asiento ganando, si es posible, cuatro dedos mas en la distancia que de ella le separaba. La doncella recoje el manto con un movimiento lleno de modestia, y el príncipe aprovecha el hueco para avanzar todavia otra línea en direccion simpática. Por lo

menos si no logra confundir sus corazones, ha logrado ya que se confunda el manto negro de la portuguesa, y los truzascos de su elegante vestido. Hay mas; la melena del príncipe en su continua sacudida toca muchas veces la cabeza de la jóven, cuya pequeña talla domina don Fernando con su heróica estatura: y hay todavia mas; el brazo del príncipe descansa en el borde de la barca y á los vaivenes de esta se aproxima hasta tocar la cintura de la doncella.

Y llega la noche, y los remeros agitan con mas fuerza los palos, y las olas engruesan, y la barca se columpia, haciendo vacilar en sus asientos á las damas. Pero no tanto á la obesa y anciana, como á la delgada y niña. Gracias al brazo de don Fernando, gracias á su previsora galantería, la hermosa Paca puede caer aturdida por el mareo en un muelle seguro. Vedlos envueltos en las sombras, ella sin aliento, y él mas alentado flotando sobre el hermoso rio de Lisboa, y olvidado de la anciana, del poeta y del infante que los acompañan.

CAPITULO II.

Ojo de Rey.

¿Todavia estará en la barca el príncipe y la Paquita? Vea V. lo que resulta de ser una muger que se cansa de escribir á lo mejor de un capítulo y deja á los amantes comprometidos en una noche en la barra de Lisboa. ¿Pero es posible que ellos no han de salir del mar como yo no los saque? No basta que los pasee en una barca sino que es preciso que los traiga á remolque, trasportando á uno por uno como si la vieja fuese de pluma y no estuvie-

se don Enrique tan nutrido como un cardenal que iba á ser.

Pero allí están los numerosos servidores á las órdenes del novelista, y á la fantástica luz de cien hachas y entre músicas y vítores salta en tierra la régia comitiva. Allí se abre paso al príncipe llevando del brazo á la del manto negro (no á la anciana sino á la niña), que palpita acaso de orgullosa emocion al verse rodeada de tan augusta pompa. ¡Un príncipe! Ir del brazo con un príncipe!

¡Cómo me gustan á mí las comedias donde hay traidor! decia uno por boca de Moratin. ¡Cómo me gustan á mí las novelas donde hay príncipes! digo yo por boca mia. Aquel estrépito, aquel correr de la gente, aquel bullir, aquellos pisotones, gritos, puñadas, quimeras por ver pasar á un hombre, que vá tranquilo á tomarse un sorbete, mientras sus vasallos se acaloran, es la parte mímica del trono que mas me agrada á mí.

Es verdad que don Fernando y don Enrique lo merecian. Los príncipes de Portugal casi todos han merecido que su pueblo se agite por verlos. Cuando yo veo los grandes prín-

cipes que ha tenido Portugal para tan pequeño pueblo, si España fuese mia habia de decir á los portugueses: «Dadnos vuestros príncipes ó tomad nuestra tierra.»

Seis cubiertos ha hecho poner en su palacio el infante don Enrique y no son mas que cinco los que aguardan en el salon el momento de ocupar los asientos. ¿Es que don Enrique come por dos? ó es que se espera á alguno?

Las guardias de palacio se inclinan con solemne respeto.

El Rey!

El rey es un personaje á quien yo no quiero describir. La figura de un rey debe quedar siempre envuelta entre sombras, como la de un ser fantástico, porque si nos empeñamos en describirla, es muy posible que se nos quite la ilusion de la magestad. Vale mas que se vea de lejos; para que sus ojos, su nariz, su boca, y sus orejas parezcan una cosa diferente de lo que son sus orejas, su boca, su nariz, y sus ojos. Es cierto que, como dije antes, los reyes de Portugal han tenido casi todos unas facciones tan regulares que agradarian á los españo-

les, acostumbrados á menos bellas fisonomias; pero á pesar de esto omito la descripcion.

La comida es animada y alegre: don Fernando y la Paquita se han sentado juntos, y al poeta le ha tocado la vecindad de la vieja, así como al infante le ha tocado la del rey. Don Fernando al lado de Paquita se muestra bastante imprudente al parecer de don Enrique. Pero don Francisco de Saa cerca de la vieja observa una conducta juiciosa. Al rey no le parece nada; sino que mientras mas se coma es mucho mejor para ser rey.

De repente se levantó el infante y dijo presentando una copa á don Francisco de Saa.

—¡Un soneto!

El poeta tomó la copa, la apuró y despues se puso á destilar el licor en su cabeza para sacar de cada gota su consonante.

Yo no dudo que del vino puedan sacarse consonantes; porque yo los saco del agua. Esto es; me bebo un vaso de agua y estoy lista para escribir una oda; á los poetas les sale mas cara la destilacion del vino, porque, aparte su valor, se evapora mas que el agua, y necesitan algunas veces ocho copas de Jerez para una

quintilla. Esto es en verdad, muy poco económico.

Puesta la copa en el alambique del poeta portugues, sobre otras ocho copas mas, dió el producto del siguiente soneto, que no oyeron don Juan y la Paquita, aunque á ellos iba dirijido. (1)

Amor tirando vá por cielo y tierra
mil flechas de oro, mil de plomo helado;
ha muerto, ha mal herido, ha lastimado
á muchos, y (dice él) de buena guerra.
Ojos ya no tenia, oidos cierra,
las malas manos estas le han quedado,
duro flechero al mal tanto avezado,
tirando acaso, nunca el golpe yerra.
Dícele la su madre; de las quejas
cuántas digo de ti! (burlando un dia)
¿mal burlador, no quieres que algo crea?
Besóla él en los ojos y madejas
de oro, respondiendo, ó madre mia,
¿cómo quieres, si soy ciego, que vea?

¡Bravo esclamó el rey, bravísimo! Ese so-

(1) Poesias de don Francisco de Saa.

neto merece un gran regalo y quiero hacerlo digno de mi persona y del poeta. Don Francisco de Saa de Miranda, os doy por esposa á la hija del general mas valiente que ha salido á campaña y á quien ofrecí cuando murió hacer la felicidad de su hija. Doña Francisca de Obando y la Barca d' Acebedo de Obregon y Castro, condesa del Miño, os doy por esposo al ilustre poeta que acaba en ese soneto de espresaros su amor.

El poeta quedó sorprendido del penetrante ojo del rey que habia descubierto en su corazon un amor que él propio ignoraba.

El eco de las palabras del rey tuvo espacio de perderse en la b veda del salon, sin que otra vez viniese á confundirlo. Al fin se levantó Saa y le besó la mano en accion de gracias; siguiólo Paquita. Y quemadas hubiera querido el príncipe ver todas las manos, primero que ver dos besos estampados en una misma.

El banquete concluyó silenciosamente.

Alzados de sus asientos los seis personages, hincóse de rodillas el príncipe y dijo al rey.

Puesto que es la noche de mercedes, con

cédame V. A. la de que parta á Lóndres al romper el alba.

Otorgóse la demanda al príncipe, y este haciendo un respetuoso saludo á las damas, marchó con el poeta á acompañar al rey, que iba satisfecho de la boda que acababa de hacer y cuya conveniencia habia adivinado su ojo perspicaz.

Juan III tenia un entendimiento claro para todo, menos para los amores. Descollaba entre su grandeza, cuando se trataba de asuntos políticos, en que daba tambien su voto el duque do Novo-mondo; pero en las cuestiones domésticas habia sido tan torpe siempre que habia creido en la fidelidad de la reina.

Ahora, decía al príncipe don Fernando mientras llegaban á palacio.

—¿Qué te parece de la boda que he hecho? No han nacido el uno para el otro?

—Sí, respondió el príncipe.

—Ella es muy niña pero él la educará. No es verdad, amigo poeta?

—Sí señor.

—No te quejarás de que no te he escogido una muger bonita.

—No señor.

Cuando llegaron quiso el poeta despedirse del príncipe, y le pidió su mano; pero apenas puso los labios en ella, don Fernando la sacudió como si hubiese sentido la mordedura de una víbora. Despues hizo un esfuerzo y volvió á dársela diciendo con bondad. A Dios brillante ingenio ¡ojalá que el cielo te haga dichoso!

CAPITULO III.

Dos príncipes que no se parecen.

Retiróse don Fernando á su departamento y dijo á su ayuda de cámara.

—Mañana al romper el dia voy á Lóndres.

Sentóse luego cerca de una mesa y con ambas manos en la cabeza permaneció absorto en sus reflexiones.

El que poco despues llegó hasta su espalda sin que lo sintiese, era el príncipe don Luis. Dice un brillante escritor de nuestros dias hablando de dos personas conformes en sus pen-

samientos y en sus pasiones que, *aunque no nacidos de una misma madre son dos seres gemelos*. Asi de distinto modo creo que don Fernando y don Luis, *aunque nacidos de una misma madre, no son hermanos*.

El uno es noble, franco, bondadoso, valiente, generoso y cortés; el otro ruin, astuto, maligno, débil, egoista é insolente. El uno es el galan de las damas; el otro la afrenta de los maridos. Eternos rivales, las conquistas que don Fernando hace con su corazon, las destruye don Luis con su astucia. Don Luis ha conseguido en la corte sobreponerse á don Fernando por el favor de la reina, á quien adula y deshonra.

Os contaré cómo se portó en Estremós el 5 de Febrero de 1525, cuando se verificaron alli las bodas de don Juan con doña Catalina, hermana del emperador Cárlos V.

Por mas jóven, por mas galan se escogió al príncipe don Luis para que saliese á España á recibir á la reina. Los caminos entonces casi intransitables no permitian á los carruages, hace tres siglos, andar mas de 8 leguas por jornada y la reina se detuvo en algunos pueblos

acompañada de don Luis. El audaz príncipe habia prometido á las alegres jóvenes de la nobleza portuguesa darles noticias de los encantos de una princesa española, y valiéndose de villanos medios consiguió hacer creer que habia deshonrado á la que iba á ser su hermana. El escándalo fué tan grande, que solo el rey quedó ignorante del hecho.

Tal era el personage que entró en el cuarto de don Fernando.

Un golpecito le dió en la espalda y don Fernando se volvió con ceño.

—A Dios hermano.

—Quereis algo para Africa? dijo don Luis con una sonrisa irónica.

—Iba á preguntaros si quereis algo para Lóndres.

—A qué vais á Lóndres?

—A qué vais á Africa?

—Es un secreto.

—El mio tambien.

—Dejemos esto.

—Por dejado.

—Cuándo marchais á Lóndres?

—Mañana.

—Yo tengo aqui un asuntillo amoroso que me detendrá algunos dias. He visto una chiquilla preciosa, y he resuelto pasar revista á todas las preciosidades de la tierra. Se entiende en la especie de mujer.

Don Fernando no prestaba atencion.

—Preciosa chiquilla, prosiguió el otro: deberéis conocerla porque habeis paseado con ella ayer.

—Yo?

—En una barca. Me lo dijo la reina que os vió venir.

—Sí, contestó don Fernando notablemente alterado. La conozco. Es decir la he visto una vez, pero nadie debe pensar en esa niña, añadió con firmeza, porque vá á casarla el rey.

—¡Oh! esclamó don Luis soltando una carcajada de repugnante sarcasmo; gran inconveniente. No por eso estará mas segura de mis garras que lo estaría la reina.....

—¡Príncipe, gritó don Fernando levantándose; no recordeis hechos que encienden el rostro, ó por Cristo!....

—Calmaos contestó el otro sin dejar de sonreir. El hecho no puede ser tan escandaloso,

porque no se trata de una reina sino de una condesilla de hoy, hija de un capitan de ayer; encojidita, calladita como una monja.

—El rey la proteje.

—Bien; quiere decir que hay que engañar al rey. Un marido y un rey se dejan vendar los ojos fácilmente.

—Cuidado, contestó don Fernando con solemnidad, que el comendador don Francisco de Saa tiene harta honra para dejarse vendar los ojos sin sacaros antes los vuestros.

—¡Cómo! el comendador, el poeta! ¡Oh fortuna! yo que aborrezco á ese danzante por la sencilla razon de que me parecen tontos todos los que hacen versos, no pudiera encontrar una ocasion mas oportuna de declararme enemigo de las musas.

—Creo que hablais en chanza.

—Hablo con formalidad.

—Lo sentiré.

—Vos?

—Yo.

—Por qué?

—Porque tendremos que batirnos.

—Batirnos nosotros?

—A no ser que impidais como otras veces el duelo dándole aviso á la reina. Sois capaz de todo.

—Yo no me bato con un hermano, porque una envidia imprudente lo predisponga contra mí.

—No príncipe, no es la envidia la que me predispone contra vos, y á vos no es el cariño de hermano el que os hace rehusar el duelo. No es que yo seà envidioso, es que vos sois un cobarde.

—Bravo! con esta lo he oido seis veces.

—Creo que son mas.

—Como gusteis. Pero nunca con menos razon que ahora. Quiero hacer una conquista y me la disputais.

—Yo?

—Vos amais á la condesilla.

—Tal vez.

—No lo dije? Si siempre os he de hallar en mi camino. La reina ha observado, con mucha oportunidad, que basta que me guste una cosa para que os guste á vos.

—Eso es falso. Yo he respetado siempre á la reina.

—¡Hola! vos sois quien recordais ahora mi conquista.

—Decid vuestra insolente fatuidad.

—Don Fernando, estais terrible. Creo en efecto que hemos de tener que batirnos por la pícara condesilla. Pero os haceis de tal modo el distraido, continuó mirando á su pecho, que aun no me habeis felicitado por esta nueva cruz.

—¿Os han dado otra cruz?

—Ya la veis. Está á vuestra disposicion.

—¡Ah don Luis! Teneis una preocupacion bien lastimera. Vuestro genio ambicioso y descontentadizo os hace creer constantemente que todo el mundo rabia por vuestros honores. Si supiérais que os compadezco como á hermano y que como á príncipe os desprecio! Don Luis; hay en el corazon pasiones generosas que se sobreponen á la vanidad. Vos no las comprendeis y es inútil que os hable de ellas; pero creedme; el trono mismo no puede elevarse por cima de nuestros pensamientos cuando pensamos como hombres y no como príncipes.... ¡Ay! os dije hermano cuando entrásteis porque necesitaba de un hermano; de un ser que me com-

prendiera, y vos sois un cortesano siempre...!

—Dios mio! acabarémos; lo que sentís es un amor que os vuelve filósofo y ese amor os lo inspira la condesilla! Lo comprendo perfectamente, pero no os lo puedo ceder. Está decretado que la muger del poeta ha de ser mi víctima.

Don Fernando echó sobre su hermano una mirada de desprecio y salió dejándolo solo.

Esta órden dió á su ayuda de cámara.

«No voy mañana á Lóndres."

Cuando volvió habia mudado de espresion el rostro del príncipe don Luis. La sonrisa irónica se habia convertido en un gesto dulce y triste; parecia como arrepentido.

Hermano, dijo con el acento de un penitente: conozco las imprudencias que cometo y las lloro en mi corazon; todo es hijo de mi carácter arrebatado.

—Vos arrebatado?

—Mi corazon se exalta.

—Vos teneis corazon?

—He hablado de esa niña de un modo que no debiera, pero ved si me duele cuanto he dicho, que mañana parto á Africa sin verla Quereis algo para Africa?

—Quereis algo para Lóndres?

—Buen viaje, hermano.

—Gracias príncipe, igual os lo deseo.

—Gracias hermano. A qué hora partís?

—Al amanecer.

—A esa hora marcho yo.

El príncipe don Luis dijo á los de su servidumbre. «Todo el mundo ha de creer en palacio, incluso el rey, que he marchado al amanecer.

El príncipe don Fernando dijo á los de su servidumbre. «Incluso el rey, todo el mundo ha de creer mañana que he marchado á Lóndres.

CAPITULO IV.

Obediencia de una jóven portuguesa.

El autor de aquel soneto que os copié en el capítulo segundo se halla en este instante poetizando en su gabinete. Descansa en un sillon de asiento hondo y de elevado respaldo porque entonces no se conocian las butacas.

Cualquiera que contemplase su aspecto imaginaría sin duda alguna que estaba pensando en Apolo y las Musas, en las églogas de Virgilio, á que era muy aficionado ó en escribir algunas de sus composiciones dramáticas

que tanta fama le dieron en Portugal y en España.

Pero Saa no poetiza, rabia. En su ceño se conoce que la merced del rey le ha ofendido en el corazon, y que no se halla muy dispuesto á mostrarse agradecido. Ha resuelto marcharse solo á la quinta á ver nadar los patos; y ni todos los reyes de la tierra pueden hacer que renuncie un poeta á variar en sus resoluciones.

Vístese de mal humor. No es que le desagrade la Paquita. No es que tenga celos del príncipe. Bien conoce que la muchacha es preciosa, que no habia correspondido á la galantería de don Fernando sino con una modestia suma; que don Fernando marcha á Lóndres y que él puede llevársela á su quinta y hacerse al fin amar de aquel corazon tierno. Pero ni puede transigir con el nombre de Paca, ni es una dama de manto negro, ni es una condesa de la corte de Juan III, la figura que puede corresponder al ideal de su fantasía. El poeta clásico debe amar; indudablemente debe amar; pero á una pastora, si no precisamente que conduzca sus rebaños, á una jóven que habite una mora-

da campestre, á cuya inmediacion haya algunas ovejas y algunas vacas, y un arroyo amigo de la murmuracion, que murmure cuando pase la zagala á beber al par de los ganados. En vez de manto negro un sombrerillo de paja, que deje escapar unas madejas de oro hilado revueltas con los copos de nieve de un alabastrino cuello é inmediatos á unas megillas y acariciando unos labios todos de coral, sembrados de menudas perlas: y por último, que esta pastora ó zagala se llamase *Filis*, *Elvinia*, *Albania*, un nombre en fin con *l* para que corresponda á la dulzura del verso clásico la égloga en que se introduzca su nombre; porque mientras mas *ll* haya en un verso dicen los clásicos que tienen mas dulzura.

Una esperanza anima al poeta. La Paquita es posible que se haya enamorado del príncipe y se halle dispuesta á resistir la boda impuesta por el Rey. Con muy poco que ponga de su parte para desagradarla conseguirá que ella misma pida á S. A. la revocacion de aquel fallo cruel. Vístese como he dicho, de prisa y se presenta en casa de Paquita.

La niña está tan fresca y risueña como si el

príncipe no hubiese marchado y recibe al poeta con una amable sonrisa. He aquí su diálogo.

—Condesa, el rey se ha servido casarnos sin consultar con la voluntad de vuestro corazon.

—Comendador, mi corazon no puede hallarse nunca en contradiccion con la voluntad del rey.

—Es decir, condesa, que no sentís repugnancia en casaros conmigo.

—Yo no repugno, comendador, los honores que me concede S. A.

—De vuestras contestaciones deduzco, discreta condesa, que os casais conmigo por obedecer al rey.

—Del mismo modo podeis deducir, sabio comendador, que si el rey se opusiera no me casaría.

—Luego, nada sentís por vuestra voluntad?

—Nada.

—No habeis amado nunca?

—No.

—No podeis amar?

—Sí.

—A mí?

—A vos que sereis mi *señor y dueño.*

—¿Y no podeis amar á otro que no sea vuestro señor y dueño?

—Amar antes de casarme?

—Amar antes de casaros.

—No.

—Es singular!

—No está admitido entre doncellas honradas.

—Y si os amase un príncipe?

—Le correspondería cuando fuese mi *señor y dueño.*

—Y si nunca pudiera ser vuestro *señor y dueño?*

—Nunca le amaria.

El semblante de la portuguesa revelaba la misma inocente serenidad que sus palabras: su frente tan blanca y pura como sus pensamientos brillaba herida por los rayos del sol que penetraban á traves de las celosias, en tanto que su boca parecia en la sombra todavia mas pequeña.

Para no amar á aquella niña, condesa, de tan bello rostro y sano corazon que, medio escondida en el elegante sillon de terciopelo gra-

na, se esplicaba con tanta delicadeza, era preciso ser tan clásico como el poeta portugues. La ilusion de la zagala era su pesadilla. Las palabras de la condesa le exasperaron doblemente.

—¿Pero creeis que no se puede en buenos términos renunciar una merced del rey?

—Yo no pienso renunciar ninguna.

—¿Creeis condesa que yo puedo haceros feliz?

—No es de mi cargo elegir la felicidad. El rey es mi padre, desde que murió en campaña el mio, y á él está encomendado el cargo de hacerme feliz.

—Pero si yo os hiciese desgraciada.

—S. A. sentiria haberse equivocado.

—Y vos condesa no lo sentiríais?

—Yo, comendador, tendria paciencia.

—Pues bien, debo hablaros con ingenuidad: yo no puedo haceros feliz, porque... porque.....

—Decid, comendador.

—Porque no os amo.

—S. A. vá á sentirlo mucho.

—Y vos no lo sentís?

—Yo no he dispuesto esta boda.

—Y si pudiera deshacerse.....

—Bien: seria muy bueno para vos.

—Y para vos?

—Para mí lo mismo. Aguardaria la nueva disposicion del rey para tomar estado.

El poeta estaba á punto de volverse loco á vista de la obediencia pasiva que no permite á las portuguesas tener voluntad propia ni aun en los instantes mas críticos de su vida.

—Condesa, vais á llamarme feroz; pero no puedo menos de deciros que contando con vuestro auxilio para romper esta boda, he venido á rogaros que hablárais al rey.

—Habeis torcido el camino: debísteis ir à palacio.

—Conque no puedo contar con vuestros auxilios?

—Si llego á ser vuestra *muger y sierva* podeis contar con mi amor, mi obediencia y mi fidelidad; si no lo soy, podeis contar con mi olvido.

—¡Está visto; esclamó el poeta levantándose con impaciencia: es preciso renunciar al favor de un rey para que un hombre pueda con libertad irse á la quinta.

—Teneis una quinta, comendador?

—Tengo una quinta que no he podido todavia disfrutar: 300 patos caben en su estanque, y yo seria feliz solo con que me dejaran ir á verlos nadar. Yo aborrezco la corte. No me satisface mas que el campo, y ya veis cuánto estaré sufriendo.

—Sí que debeis sufrir.

—¡Ah, señora! hablad por favor al Rey.

—No diré una palabra, señor.

—Y vuestra tia?

—Callará lo mismo que yo.

—Con que no hay esperanza, condesa?

—Ninguna, comendador.

—¡Nos casarán!

—Nos casarán.

—No será; me echaré á los pies del Rey.

—Será muy conveniente.

—Y revocará la sentencia....

—Puede ser....

—Voy ahora mismo.

—Es buena hora de hallarle solo.

—Adios, condesa.

—El os guarde, comendador.

Salió el comendador decidido á hablar al

Rey; pero luego pensó que tal vez pudiese sacar partido de la tia. Retrocedió y fué introducido en otro salon de la casa que dejaba.

Doña Briolanda es una de las damas enlutadas que hemos visto en la barca al principio de esta mentirosa historia; si bien doña Briolanda es un personaje verdadero, como puede verse por las noticias que existen de D. Francisco de Saa.

Doña Briolanda es tambien la tia de Paquita que no ha existido sino en mi imaginacion y cuya fábula voy tejiendo con mas de mil embustes.

Doña Briolanda es alta y tiene un airoso cuerpo aunque se aproxima á los 70 años. Su cabello y su tez han cambiado de tintas y esto hace un efecto verdaderamente estraño. El poeta no podia decir aqui, *frente de nieve y cabello de ébano*, sino *frente de ébano y cabello de nieve;* pero es seguro que á doña Briolanda no ha de cantarla el poeta.... y quien sabe?....

Los dientes de doña Briolanda son tambien negros. En aquel contorno nada hay blanco mas que el cabello y las cejas, porque los ojos son verde manzana.

—Sentaos, comendador.

—Señora vengo á pediros un favor muy señalado, favor que si me lo concedeis ha de vivir fresco y lozano en mi corazon cuanto dure mi vida.

—Sin tanta lozanía, comendador, os ofrezco serviros en cuanto pueda.

—Señora, vuestra sobrina es una criatura digna de un Rey: yo la admiro: creo que el Rey me honra con una gran merced dándomela por esposa.....

—Pero vos no la quereis y venís á empeñaros para que deshaga la boda.

—Lo que en mí fuera falta de galantería, en vos será prevision de madre que vela por su felicidad.

—¡Ah comendador! ¡qué bueno sois! ¿Quién habia de creer que Paquita es hija mia? Debeis conocer que Paquita tiene diez y seis años y que hace 30 que yo estoy fuera de combate. Decid mi prevision de *abuela*.

—Bien de abuela.

—Vaya.

—Digo que reusar su mano seria en mí hacerle un desaire.

—De ningun modo; vuestro desaire será al Rey.

—Pues bien, vos podeis.....

—Desairar al Rey?

—Desairarme á mí.

—Comendador, soy muy vieja para que mi corazon se resigne á desairar á los hombres.

—¡Ah! por Dios, oidme con seriedad.

—Basta; dijo doña Briolanda, mudando de tono y levantándose magestuosamente: ni mi sobrina ni yo hemos solicitado este enlace. Acudid al Rey.

¡Ay! esclamaba el poeta cuando se dirijia á palacio; si nada pude conseguir de la sobrina que es un ángel, como habia de conseguirlo de la tia que es un demonio?

CAPITULO V.

Un Duque que no sabe leer, ni escribir, ni hablar.

Tambien en Portugal hay duques gordos, negrotes, panzudos que no saben leer, escribir ni hablar, y á quienes coloca el Rey detrás del trono, al lado de gallardos é ilustrados varones como en un museo se coloca un oso al lado de un leon para que se vean las diferentes especies que produce la tierra en los hombres como en los animales; la division algunas veces en-

tre un duque que no sabe leer, ni escribir, ni hablar, y un oso que sabe hacer cortesias, es tan poco sensible que pudiera el oso ser tan duque como el duque oso, si quisieran cambiar el Rey y el titiritero.

Un duque de estos hubo en Portugal que habia llegado á hincharse á la edad de 25 años. Su primitiva sangre pudo ser azul, pero en sus venas se habia corrompido de tal modo que parecia ya tinta lo que daba á su tez aquel color de mulato. Por lo demas yo siempre he dicho que la sangre azul es mas nutritiva que la roja y lo que es esta vez se veia que el duque portugues estaba mas gordo que los que no eran duques. Tal vez seria por la gran renta que le permitia comerse lo de los otros sin saber leer ni escribir.... Yo en esto no puedo hablar con exactitud porque hay muchas causas para que un hombre engorde, aunque mucho contribuye la cualidad de comer bien y no saber leer, ni escribir, ni hablar.

Este duque se llamaba el duque *d'o Novomondo* y era el que subia trabajosamente las escaleras de palacio y el que entró en el gabinete de Juan III, sin hacerse anunciar.

S. A. daba en aquellos momentos grandes voces. Conocíase en su rostro que acababa de subírsele á la cabeza toda la real sangre, arrebatada por algun impulso de cólera. Delante del rey se hallaba de pie con los brazos cruzados y la frente baja el poeta favorito D. Francisco de Saa.

—Sí, decia el rey; marcha á tu quinta y pronto y hoy mismo y en este instante. Te hago una merced y la reusas!..... desconocido loco. No quieres aceptar un partido digno de un monarca..... ¿qué razon tienes?

—Señor!

—Silencio!

—Hola duque, siéntate aqui á mi lado, tenemos mucho que hablar. Estoy aburrido de oir malos consonantes y necesito desaburrirme con tu escelente prosa.

Veinte minutos te doy para salir de Lisboa, continuó S. A. volviéndose al poeta que se inclinó profundamente y salió del cuarto del rey.

—Vamos; prosiguió este echando una mirada de tristeza hacia la puerta: habla duque. Te casarias de buena gana?

—Um... contestó el señor duque.

—Con una condesa?

—Um!...

—Tú serias un buen marido, la harias feliz? porque yo necesito hacer la felicidad de esa niña para pagar los servicios de su padre. La querrias mucho, la tratarias como merece?

—Um!...

—¿No la incomodarias nunca, velarias por su honor. Qué?

—Um!...

Yo seré el padrino de esta boda; te regalaré un castillo y te la llevarás á vivir en él una temporada para que allá en la soledad se acostumbre á verte y te tome cariño. Qué?

—Um!...

—Bien; mañana mismo podeis casaros para que salga yo del cuidado que me inspira una inocente niña que viene por vez primera á la corte. Te casarás mañana?

—Um!...

—A otra cosa; dijo el rey: sabes qué hay de España. Qué!

—Um...

—¿Y qué te parece?

El duque guardó silencio.

—Y qué te parece?

—A mí..... á mí..... el qué?

—Las noticias de España.

—A mí..... á mí?.....

—A tí.

—A mí nada.

—No te parecen mal?

—Um!...

=O bien?

=Um...!

=Eres un bestia; esclamó Juan III levantándose con impaciencia; eres el duque mas bestia que en mi corte tengo y ¡cuidado que los tengo brutos! No saben decir mas que *Um* como un buey. ¡Ay! continuó suspirando; ya se acabó el hablar racionalmente desde que ese ingrato me dejó. Daria veinte duques por tenerle á mi lado. Vete, quiero estar solo.

El duque salió y S. A. se dejó caer en un sillon con aire abatido, luego se levantó y tomó un libro, como queriendo con su lectura defenderse de algun recuerdo; pero apenas lo abrió cuando lo arrojó al suelo despechado.

=¡Saa, murmuró, él siempre!

Y empezó á dar vuelta por el cuarto cuan-

do anunciaron á la ilustrísima señora doña Briolanda d' Acebedo.

=¡Ah señora, esclamó el rey saliendo á recibirla, gracias. Necesitaba vuestra visita para no desesperarme. La magia sola de vuestro talento podrá hoy despejar la nube que pesa sobre mi cabeza..... hablad... hablad.

Así habló doña Briolanda.

Precisamente ha oido V. A. al duque d'o Novo-mondo cuando se halla dispuesto á aplaudir lo que yo hable. Solamente comparando mis palabras con el eterno *Um* del señor duque, podrá V. A. aplaudir mi elocuencia. Yo quisiera, rey, que todos los hombres hubieran nacido con el entendimiento del señor duque, porque entonces yo seria ahora reina de Portugal. Pero los hombres sabios nos reducen á la nulidad de hacer calceta.

—¡Bien; gritó el rey, vé ahi la voz del entendimiento que me seduce en!..... pero se detuvo y suspiró concluyendo con esta frase. ¡Ingrato poeta!

=Señor, dijo doña Briolanda mudando de tono, venia á pediros permiso para marchar á mi quinta con mi sobrina la condesa.

=¡Dios mio! esclamó el rey con la mayor afliccion, todo el mundo se empeña en dejarme solo! maldecidas sean las quintas!

—Señor, debe conocer V. A. que á una niña como mi sobrina no le conviene vivir en la corte siendo doncella. Ya sabe V. A. que el poeta ha reusado.

—Si..... ya sé, basta!

=Y el rostro del rey volvió á encenderse. Pero yo he casado á Paquita otra vez.

—Señor!

—Con el duque d'o *Novo-mondo*.

—Cielos! ¡con el duque d'o *Novo-mondo*!!

—No os agrada?

—Lo ha hecho V. A. y me parece muy bien. Una vez casada mi sobrina con el ser que ha elegido V. A., no me necesitará á su lado, y me permitirá V. A. retirarme á mi quinta.

—Bien; contestó con sequedad el rey. Idos.

Pero cuando doña Briolanda se hubo marchado, murmuró con abatimiento.

—¡Eso es! que se marchen todos los que saben hablar, y que me dejen morir entre brutos!

CAPITULO VI.

La Luna de miel.

Viste Paquita un trage de raso blanco cuya falda rematando en una ancha, hueca y prolongada cola, y cuyo peto abultado por la prominencia del seno y la multitud de encages que le adornan, hacen que parezca la preciosa niña, con su menuda cabeza y su breve cuello, una blanca paloma de las que llaman de rueda y en las que todo es cola y pechuga. Un sutil velo blanco cubre á este

precioso pájaro como si fuese un fanal de vidrio..... Este adorno está destinado para el palacio del señor duque d'o Novo-mondo.

Ya dijo el rey que iba á ser el padrino de las bodas, y lo será.

Hablaré del aspecto del novio. Todo lector sabe que en el siglo diez y seis se estilaban gorgueras muy exageradas, y ningun lector ignora que los portugueses las llevaban mas altas que otra nacion, por conformidad con su hinchado porte y afectado carácter. No habia razon para que, en una noche de bodas, la llevase el señor duque menos alta y boluda que los demas; como no habia razon para que dejase de ser negro y panzudo llevando gorguera blanca y calzon acuchillado.

Una *paloma* de *rueda* hemos dicho que parece su novia; lo contrario de lo blanco, de lo puro, de lo casto, de lo inocente y de lo bello, parecia el novio.

La novia no hablaba, los corderos no balan cuando presienten al lobo.

El novio tampoco hablaba. Los lobos no hablan; ahullan.

El obispo que hacia de pastor entregó aquella res de su rebaño.

La novia dijo *sí*
El novio dijo *um*.

Y todo quedó concluido. Y en aquel mismo instante fué Paquita trasportada á un castillo á seis leguas de Lisboa.

El señor duque habia comido mucho, habia bebido mucho y se echó á roncar en el coche. La niña tenia miedo de sus ronquidos y estuvo desvelada.

Y llegaron.

Cansada Paquita del movimiento del carruage, despues de la emocion que la habia causado una ceremonia tan estraña, se echó en un sillon que habia en el salon principal del castillo y cerró los ojos.

No tiene Paquita madre? No tiene hermana que venga á guardar su sueño? Pero dicen que tiene un *marido*. El *señor duque* dicen que es un *marido*. Lo han dicho el *notario*, *el rey* y el *obispo*. El duque es un *marido* y un marido es un *protector*. Lo ha dicho san *Pablo*. Paquita tiene un *protector*. Un *protector* debe

hacer la *felicidad* de una *mujer*: Paquita debe ser muy *feliz*.

Tiene un *duque* por *marido* y *protector* que la *hará feliz*, porque lo dijeron ¡*san Pablo*, el *obispo*, el *rey* y el *notario*!

Por eso Paquita duerme tan descuidada.

A mí me hace gracia ver á Paquita en esa sala antigua y triste acostada en el gran sillon de baqueta negra; con los piececitos metidos en dos cascabullos de raso blanco y recogidos debajo de la falda, y con la cabeza entre los brazos hecha un ovillo. Parece un perrillo danés.

¡Oh qué linda está Paquita. Ningun pesar ha turbado todavia su alma, porque es muy niña, porque no se ha enamorado nunca y porque doña Briolanda la ha hecho vivir en una completa inocencia. Ella no sabe nada mas sino que una *portuguesa* debe casarse cuando su *padre* ó su *tutor* lo *mande*, y que el *marido* que le elijan, debe ser *amado* porque es su *señor* y *dueño*. Ya tiene Paquita *señor* y *dueño*: y por eso se ha dormido tan tranquila.

¿Con qué soñará Paquita? ¿No será dulcísima la imágen de sus sueños? ¿Soñará con ese

vago ser que flota en nuestra fantasia de doncella..... gracioso, espiritual, inocente; ese ser igual á nosotras mismas!.....¡Qué dichosa es Paquita!

¡*Rapaza*! gritó el marido de Paquita entrando de repente. Pero la niña estaba tan dormida que no despertó.

¡Voto vá!.... *rapaza*! volvió á gritar el marido de Paquita, dando un fuerte pellizco al hombro descubierto de la niña que quedó morado con la presion de aquella tenaza.

¡Ay! esclamó, levantándose asustada y toda temblando como el pájaro á quien se sorprende en el nido.

—Ya te quitaré la gana de dormir, dijo su marido con ese gesto que se observa en el asno al dar el rebuzno.

La niña pensó primero huir; pero al ver que quien la llamaba era su *señor* y *dueño*, cruzó las manecitas y aguardó sus órdenes..... que fueron un segundo pellizco.....

.....

.....

Este capítulo quedará sin concluir como algun escritor no lo termine, porque á mí

no me lo permitirá nunca la indignacion de muger.

Paquita! desgraciadas mugeres portuguesas! Las españolas para consolarnos de nuestra mísera condicion nos acordamos de vosotras y de los camellos de Africa.

CAPITULO VII.

Los trescientos patos y un ganso.

Al dia siguiente de aquel en que se celebraron los esponsales de Paquita con el *Duque d'o Novo mondo* salian de Lisboa cuatro carruages. Dos de ellos hácia la parte del oriente y dos hácia la parte del norte. Los dos primeros llevaban armas reales y corrian velozmente y casi á compas; pero los otros dos no tenian sino escudos de hidalgos particulares. Caminaban con lentitud y se apartaban uno del otro conforme iban avanzando. Como

es imposible que un hombre, y mucho menos una muger, corra tras de dos carruages que van de posta, dejo á los dos primeros seguir su direccion y acompaño á los dos segundos. Empero los dos segundos al fin se apartan y héme ahora indecisa en la eleccion. ¿Cuál de estos dos ofrecerá mas interés á mis lectores; el de la derecha ó el de la izquierda? Si elijó el de la derecha y no sucéde nada adonde está la novela? Y si elijo el de la izquierda y el interés lo llevaba el otro, ¿qué haremos en ese caso?

Cierro los ojos. Me detengo y el que vea mas próximo cuando los abra, á ese mismo coche hemos de seguir.

Pues señor, es el del poeta. Ni aun con los ojos cerrados puede engañarme el instinto.

Es el poeta que se dirije á la encomienda de *Santa Maria de duas igrejas* en la diócesis de *Braga*. Nadie vá mas contento que él. Vá á su quinta á ver bañar los patos.

Pero tenemos que andar mucho antes de llegar á la quinta que está junto á *Ponte de Lima* y que se llama *á Tapada* por encontrarseen un valle rodeado de altos montes y cas

inaccesibles á las miradas del viagero. Tenemos que atravesar el rio *Mondego*; al que los portugueses llamarian *Príncipe d'os rios* si no entrasen en Portugal nuestro Tajo, nuestro Guadiana y nuestro Duero. Cerca nos hallamos de este último despues de cuatro jornadas; y para evitar á mis lectores los aspavientos de la travesía por el puente de barcas, los cloroformo con mi pluma y doy por supuesto que estamos en la orilla derecha, salvos y sin haber dado un solo grito.

Dejamos á la izquierda *Villa de Conde*, á la derecha el rio *Tamago*; pasamos por la falda de *Sierra Damaras*; descansamos en el castillo de *Grimaraes*, entramos en *Braga* y nos detenemos en fin junto al rio *Lima*.

Yo he dado por supuesto que estamos en primavera, cuando el poeta abandona la corte por la quinta, porque á pesar de sus bucólicos pensamientos, dudo que estuviese del mismo parecer, si la escarcha formase la alfombra del campo y no la mullida yerba, bordada de flores y salpicada de aljofar; y si el aire de Enero soplase con furia y no el cefirillo jugueton, y si no hubiese en fin en el campo todo aquello in-

dispensable para que el poeta clásico pueda vivir pastorilmente, porque para el poeta clásico no hay mas que una estacion. La primavera y todo lo mas, el mes de Julio. Su genio no reconoce ni el invierno ni el otoño.

¡Oh qué gozoso se encuentra Saa cuando divisa el monte de su encomienda, y cuántos consonantes nuevos se atropellan en su imaginacion para celebrar aquel paisage agreste que no ha podido contemplar en tantos años!

Ved aquí las primeras sílabas que escribe en su cartera.

¡Hermosa Delia!.....

Pero quién ha de ser esta Delia. Seguramente no será ninguna dama de la corte. El comendador está cansado de todas. Todas á pesar de su lujo son prosáicas. Una se llama aunque es dama de honor, *Teresa Rapariño*. Otra noble marquesa se llama *Sebastiana d'ás Eras* y aun halló alguna tan atrevida que se dejaba nombrar *Escolástica Becerro*. Ninguna dama de Lisboa se llamaba *Delia*. Solo en una quinta puede habitar una muger que se llame *Delia!*

El poeta Saa como todos los del siglo XVI

amaba por eso no mas que en idea como amaba Cervantes á su hijo; (quiero decir, el hijo de su ingenio) como amaron otros y como nadie ama ya.

El poeta Saa llegó á la quinta cuando el sol estaba en su punto mas interesante: que en mi entender es su descenso. Las aves cantaban sus tonos mas patéticos, como que se acercaba el momento de volver á sus nidos, el aire fresco empezaba á descender á las flores y el aroma de las flores á ascender al aire fresco, de cuyo cambio gana tanto el aire como la flor y sobre todo el poeta que se refresca y se embalsama. Describir todos los magníficos encantos de la quinta, sus árboles, su ligosa yedra que entolda las calles, que viste las paredes, que forma grutas, que guarece los arcos entre rosales, entre madre selva, entre zarza rosa escondiendo un arroyo, descubriendo una fuente, levantándose al cielo, cayendo al agua y todo en una tarde de primavera, digo que no es posible al pincel de un español. Necesito de un giro lusitano para que de una vez me entendais. *La quinta de Saa es la mais bella d'o mondo!*

Y es verdad que en el estanque de la quinta caben hasta trescientos patos: cuando llega el instante de aproximarse la alada flota el corazon del poeta palpita de alegria. Necesitaba en aquel momento de un ser que participase de su emocion y sin saber cómo se acuerda de Paquita..... Pero solo su rostro es el que se le aparece á través de las aguas y de los árboles; porque ni su cuarto negro ni su sillon de condesa pueden acomodarse nunca à la poesia campestre.

¡Paquita, infeliz Paquita! qué contenta estaria ella en este inocente retiro entre flores y entre pájaros, al lado de un poeta, y qué triste debe de estar en aquel viejo castillo oscuro y terrible, martirizada por un duque!

No hubiera podido vestir un trage verde?

No hubiera podido llamarse Delia?

Al menos el ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, remedió las contrarias dificultades llamando á la aldeana Dulcinea y haciéndola princesa del Toboso.

Con otro nombre y otro trage pudiera Paquita haber hecho la felicidad del poeta.

Parece que en este instante oigo sus la-

mentos y me figuro al par la risa inocente y graciosa que brotaria de sus labios, si viera tantos patos nadando en su estanque. ¡Qué linda era Paquita!

Solo Paquita falta para dar á la quinta el verdadero toque de poesia y felicidad...

Trescientos patos sobrenadan en el estanque y trescientos patos y un ganso hay en la quinta.

El ganso es el poeta.

CAPITULO VIII.

Ya encontramos á Delia.

Todavia á los tres dias en Saa, se dejó sentir mas la necesidad de una muger en la quinta. Aquellos lechos de hojas de rosas que la profusion de floridos rosales formaban en los cenadores parecian destinados para que reposara el delicado cuerpo de Paquita. Aquellas frescas y limpias fuentes que debajo de los sauces y de las acacias brindaban con sus aguas trasparentes, parecian espejos destinados á reproducir el infantil y cándido rostro

de esta belleza. Aquellos trinos de aves que piaban escondidas en los grupos de las parras y de las yedras parecian el concierto destinado á regalar los oidos de la niña. ¡Oh! jamas un hombre podrá disfrutar de estos sencillos y puros encantos, si no aplica sus placeres á la gravedad de la pasion.

Si os dice una poetisa que vive feliz en el campo con las contemplaciones, podeis creerla, porque una organizacion no viciada, una organizacion pura, una organizacion castamente espiritual, puede recibir las impresiones del placer que inspira un ave ó una flor. Pero si un poeta, aunque sea clásico, os dice que disfruta de una serenidad angélica, solo, debajo de un sauce y al pie de una fuente oyendo arrullar las tórtolas, no le creais. El poeta *Nemoroso* se acuerda del vino de Oporto cuando bebe el agua limpia de la fuente en la palma de la mano. Trae á su memoria el canto de una farsanta cuando oye el suspiro de la paloma; y debajo de las guirnaldas de olorosa acacia, que perfuma sus cabellos, enciende la pipa y dá humazo al florido vergel. Nunca *lord Byron* nunca *Julio Janin* abusaron del género terrible co-

mo los poetas clásicos habian abusado del suyo. Un cortesano á quien el cordero no parece agradable sino en la mesa, se imagina rabadan y nos dice que en sus bálidos encuentra la verdadera poesia..... No sé lo que pensarán los críticos; pero á mi me dá lástima ver á un cortesano conduciendo, con los guantes puestos, á una cabra ó á un toro por enmedio de matorrales que nunca pudo cruzar sino en litera. ¡Monstruosa fábula! Si hubo Arcadia y patriarcas que vivian de ese modo, aquellos patriarcas debieron cantar las églogas pastoriles; pero cuando ya las manadas de ovejas roñosas no sirven mas que para dar pasto á la rapiña de las facciones, es inútil crear bellos zagales. Cuando retrocedamos á los siglos primitivos, puede el poeta hacerse *pastor*. Pero ahora si no es un necio, que se haga *guerrero* ó *marino* y que nos cante los combates de la tierra y las tempestades del Occéano.

Pero hay moradas campestres, hay retiros, hay quintas, donde aun se puede vivir entre poesias con una muger bella, sin acudir á la choza y al cordero.

La quinta de D. Francisco de Saa es una

de ellas, y Paquita hubiera hecho su felicidad, si pudiera curarse del ideal de la pastora.

El poeta está triste: un vago deseo y una inquietud indefinible agitan su corazon. Asi ha fumado seis pipas y ha bebido veinte copas de Oporto sin haber podido hacer un soneto. Ya se ha cansado de ver bañar los patos; el canto de los pájaros le fastidia; las flores no le inspiran ningun pensamiento y se entrega en los brazos del tédio. Por la tarde resuelve salir á caballo. Aléjase de la quinta, siguiendo la ribera del *Lima*, y se detiene en un lindísimo prado.

Yo no he dicho que no haya corderos. Los hay ahora y los habia en el siglo diez y seis y en Portugal y cerca de aquella quinta y en el prado donde se detuvo el poeta.

Y muy lindos corderos que pacian en unos juncales, entre los cuales brillaba una corriente de agua purísima. A poca distancia se veia una choza y sentada sobre un tronco de encina, una muger con un trage muy ligero y un sombrerillo de paja adornado de una guirnalda de flores. Un velo blanco pendiente del sombrerillo velaba su rostro y no permitia distin-

guir sino los rizos que escapándose por uno y otro lado del velo brillaban al sol de un modo estraordinario.

He aqui la pastora. Confieso que semejante aparicion trastorna todo mi plan. Yo queria curar al poeta de su pastoral mania, abogando siempre por la condesa del Miño y he aqui de qué modo la suerte opone un nuevo contratiempo al desenlace de mi novela. ¡Sabe Dios quién será esta pastora y las seducciones que tendria su vida pastoril!

El poeta estaba absorto. Un tierno presentimiento le decia que aquella era la realidad de sus sueños; que aquella era la pastora..... Delia..... Y deteniendo el paso y cruzando los brazos contempla aquel paisage encantador. Un momento despues, un pastor hizo pasar el ganado por delante de la pastora como si esta hubiese de contarlo y cuando hubo pasado el último cordero la pastora siguió tras ellos la ribera abajo y desapareció, á tiempo que el Sol iba descendiendo, como en todas las églogas sucede.

Llegado á su quinta ordena el comendador á uno de sus sirvientes que vaya á informarse

de las gentes que viven en las cercanias de Lima.

Pronto queda satisfecha su curiosidad.

A media legua de su quinta en direccion de *Celanova* se halla la morada de una señora de quien era aquel ganado. Dicha señora pasa en el campo la mayor parte del dia y por lo regular come en una choza.....

Basta: Esa es Delia.

El poeta coge la pluma y escribe la siguiente epístola.

Á LA ZAGALA

HERMOSA DE ESTE VALLE.

EL PASTOR NEMOROSO.

(1) Rayad los ojos ya por las alturas
de aquestos montes: salga el su lucero,
huyan hoy mas de aquí sombras escuras.
¡O buena Delia! nazca el verdadero
sol nuestro, nuestra luz, y nuestro dia,
y nuestro resplandor claro que espero.
¡Hermosa Delia! real seña y guia,
aparece á los tuyos que desmayan,
y amenazados de la muerte fria.
Los ojos tuyos socorriendo vayan
á quien de otro no vive, ni otro espera;
á todos dá remedio antes que cayan.
Si amanecieses, seria primavera,

(1) Véanse las poesías de Sa de Miranda.—Lisboa. 1621.

y llevaria flores cuanto alcanza
aquella claridad relampaguera.
Quiera ella ó no, dó los sus ojos lanza
(fuele dado tal don) vida vá dando;
todos los bienes dá, salvo esperanza.
¿Por donde asomarán? que en asomando
estos tus ojos, de las fuentes frias
saldrán ninfas, al sol irse han peinando.
Luego las *Drias* y las *Amadrias*
iránse paseando las florestas,
como cuando entre nos aparecias.
Verse han Oréas por sus montes puestas
á ver los ojos cuales no se vieron
jamas en tierra, estarse ha todo en fiestas.
¿Mas yo qué veo? ¿con qué me firieron?
súbito de una luz como de rayo,
con que mis ojos la suya perdieron?
Delia! mientras los avezo, ó ensayo
á tanta claridad que no sostengo,
detente, que ó me muero, ó me desmayo.
Sea paz con tus ojos que no tengo
de aliento tanto, ay! que desbaratan,
¿si no te vengo á ver, triste á que vengo?
Ojos son estos que así desbaratan,
comienzan de alegrar, quitan sosiego,

comienzan á dar vida, y luego matan.
¡Cubre! ¡oh! cubre esos ojos que tal fuego
alzan á su volver, que luego enciende,
quien no se les debia esa hora es ciego.
¡O Delia! que el poder cuyo se estiende
á mas de lo que piensas, no los abras,
trato entre ellos y amores que no se entiende
¿Mas qué diré si las mismas palabras
me dejan yá? ¿si fuego se derrama
por montes, por los prados, por las labras?
Que no son ojos no, mas viva llama
de fuego, que siempre arde en sus meneos,
vive ende, y reina amor, ama y desama.
¿Quién aguarda estos ojos Meduseos,
que en piedras nos trasforman con su brio,
por mucho y desusada beldad feos,
si se puede decir tal desvarío?

CAPITULO IX.

El Duque correo.

En tanto que la pastora lee los versos del poeta *Nemoroso* me parece que nos podíamos entretener con la escena que pasa á una legua de *Thomar*.

Al llegar al rio *Zeza*, se detienen los dos carruages que primero no nos atrevimos á seguir; y á la par se abren sus portezuelas.

El príncipe Fernando es el primero que sale del suyo y sacando la espada, hace una raya

á traves del camino, diciendo al otro personage:

—Si no desistis, si pisais esta raya, sacad vuestro acero.

—¡Cómo! esclama el otro riendo á carcajada! ¿Pues no os marchásteis á Lóndres?

—Como vos á Africa.

—¡Vive Dios D. Fernando! que sois el príncipe mas gracioso que he conocido. ¿Con que os declarais defensor de Paquita? ¿Con que me cerrais el paso? Sea como gusteis. Reñiré. Pero aguardaos un poco. Y haciendo una seña á su cochero, cierra D. Luis la portezuela de un golpe y el carruage vuela, dejando á D. Fernando de pie junto al suyo.

Repuesto de la sorpresa, sube el príncipe y vuela tambien en su seguimiento.

Aunque la ventaja era poca, D. Luis corrió siempre delante hasta que llegaron al puente del castillo. D. Luis se presenta y descubriendo las insignias de príncipe; en nombre del rey, gritó, dejadme entrar y que cierren el paso al coche que viene en mi persecucion.

Los guardias obedecen, y el puente levadizo cae otra vez, cuando D. Fernando llega.

El castillo de *Thomar* era una fortaleza bastante miserable. El rey lo habia elegido para regalo del duque, porque creia que su tristeza y abandono contribuirian á que Paquita se acostumbrase á la sociedad de su esposo por lo mismo que no tenia otro objeto en que distraerse. El ala derecha del edificio estaba inhabitable. En el alá izquierda moraban Paquita y su *señor y dueño*, de suerte que, cuando el duque vió entrar al príncipe, se le ocurrió la siguiente agudeza.

—Tendremos que dormir todos juntos.

—De ningun modo, repitió D. Luis con tono serio. La condesa dormirá sola porque tú duque vas á salir en mi carruage inmediatamente para Lisboa. Yo saldré en un caballo tuyo cuando haya descansado.

—Yo..... Yo..... Yo.

—Tú..... Tú..... Tú.

—A qué?

—A que lo mando yo para asuntos graves.

—Ah!

—Para asuntos muy graves: graves para ti. No puedo yo mandártelo?

—Um.

—Bueno. Pues prepárate. Llevarás una carta á la reina.

—Um.

—Voy á escribirla. Tu no sabes leer. No es verdad?

—Yo no.

—Mejor. Así que llegues, le entregarás esta carta, sin que el rey sepa que has llegado. La reina te dirá lo que has de hacer.

—Um.

El príncipe escribió.

«Mi querida Catalina: para que veas que yo nunca he de desmentir el título que me diste de *príncipe de la travesura*, te envio al duque d'o *Novo mondo* y me quedo con su muger. Protégeme en esta inocente travesura, como has hecho otras veces, y toma al duque para tirar de tu coche, mientras yo paseo en el suyo con la duquesa.

A Dios, Catalina, si me salvas de esta, prometo traerte de Africa 40 jóvenes negras para tu servicio.=*El príncipe Luis.*»

—Otra cosa: dijo el príncipe. Cuando salgas, encontrarás al lado del puente un coche parado. Toma este guante mio y sin detenerte

un momento, arrojáselo al pasar. Duquesa, tú puedes quedar tranquila. A tu marido nada le sucederá, y mi espada està á tu disposicion.

Paquita apenas prestaba atencion á lo que pasaba. Pálida y desencajada permanecia recostada en el sillon como si veinte años hubiesen pasado por ella. Vió marchar al duque sin pesar y sin alegria, y recibió resignadamente el pellizco que su marido le dió para despedirse de ella.

—¡Vive Dios! á ver si dejas á la duquesa, esclamó D. Luis. No falta mas sino que en mi presencia la incomodes. A ver ponte de rodillas y bésame la mano.

El duque se arrodilló, y cuando iba á aplicar su boca en la mano de D. Luis, este le diò un bofeton como si fuese el hocico de un perro.

El duque subió en el coche. Alzaron el puente, y cuando salia, arrojó el guante al coche que estaba alli detenido. D. Fernando lo hizo recoger, y no pudiendo figurarse que el que iba dentro fuese otro que su hermano lo siguió á escape. D. Fernando no comprende la razon de aquella vuelta repentina; y al fin presumió que el mal recibimiento que Paquita

hubiera podido hacerle, era causa de aquella mudanza, y que exasperado el ànimo de su hermano queria vengarse en él.

Sea como quiera, los dos coches no dejaron de correr hasta Lisboa. Llegaron de noche. D. Fernando se retiró á su aposento y el duque entró en el cuarto de la reina.

Catalina estaba sola con una de sus damas y se hallaba tan predispuesta á la risa, que la sola presencia del duque despertó su jovialidad.

—¿Ola duque gordo, que me traes?

Pero apenas leyó los primeros renglones, cuando rompió en estrepitosas carcajadas.

Pobre duque gordo, dijo al fin cuando terminó la carta y se calló un poco su risa. Eres un escelente correo y te voy á premiar. Vente mañana por aqui. Entre tanto que nadie sepa tu llegada. Colócale tú, mi querida, prosiguió volviéndose á la dama, en un aposento retirado y que le den bien de cenar. Merece todo cuidado. Estarás conmigo unos dias, no es verdad?

—Um, respondió el señor duque.

Antes de pasar mas adelante quiero dar al-

guna esplicacion acerca del carácter de la reina Catalina, para que no se atribuya á maldad de corazon lo que era solamente lijereza de juicio.

Catalina contaba 16 años cuando fué á ser reina de Portugal, y se hallaba acostumbrada al movimiento de una corte tan animada entónces como la de Cárlos I. La transicion le fué penosa. Juan III, aunque jóven, tenia un espíritu serio y gustaba mas del estudio que de los placeres.

El trato ceremonioso de los portugueses cansó pronto á la reina.

Solamente el príncipe D. Luis habia tenido bastante osadia para romper con la enfadosa etiqueta que aborrecia Catalina, y á falta de otras distracciones la reina se divertia con sus calaveradas.

El amor propio de la reina le satisfacia con que D. Luis la escogiese como protectora en todos los lances ruidosos que lo malquistaban con el rey; y jamas reparaba en la enormidad de sus faltas sino en el medio de hacerlo salir airoso.

Esto es indudable. Catalina aunque apadri-

naba los vicios de un príncipe portugues, no era una mala princesa española.

Muchas peores tenemos en la historia.

CAPITULO X.

Resolucion de un poeta solitario.

Bien decia D. Francisco de Saa, «mas vale el albergue campestre que la real morada.» Huyendo me voy yo de palacio al ver lo que pasa con la pobre Paquita y el bárbaro duque, y me acomodo de nuevo en la quinta para observar el efecto que han producido los versos del clásico en el ánimo de la desconocida pastora.

No habrá sido malo cuando responde con la siguiente carta.

Dulce Pastor.=Tu amoroso canto ha llenado mi alma de una felicidad nueva y desconocida: solitaria yo por estos collados y oyendo solamente el inocente balido de los corderos y el murmullo del arroyuelo manso que entre los juncales y las quebradas peñas se desata, formando caprichosos espejos donde miro mi rostro, yo nunca habia oido sino en las églogas tan encantadoras frases.

Tu eres el verdadero pastor de mis sueños. Pero ¿quién me dice que mi rostro te parezca tan bello cuando mas de cerca me examines? ¿Quién me dice que tu amor será constante despues que te desagradára mi figura?

Yo, pastor, yo renuncio á esa prueba.

Déjame vivir entre mis corderos olvidada como hasta aqui del Dios Cupido. No inquietes un corazon entregado todo á las delicias campestres. Y á Dios; que el sol desciende á su ocaso y voy á ver pasar el rebaño que se recoge al redil.=*Delia*.

Si á algun poeta ha ocurrido marchar al campo en el mes de Mayo y solo, si entregado á la tierna emocion que se esperimenta con los encantos de una vegetacion lozana, se ha

echado en brazos de una pasion fantástica, ya puede comprender la ligereza con que el ánimo predispuesto á la indulgencia reconoce en un objeto desconocido las dotes del verdadero amante. Todo satisface en la soledad, porque no hay puntos de comparacion entre las personas; y porque la pasion concentrada necesitando imperiosamente un desahogo, se contenta con tener un ser con quien comunicarla y no se detiene en el exámen. Estoy persuadida de que el descontentadizo Saa amaria á la desconocida pastora, aunque descubriese en ella á una jóven mulata, que de seguro no lo es, sino dama ilustre y acostumbrada á tener esclavos.

No quiero yo tan mal al poeta que me proponga darle este castigo apartándome, por otra parte, de la verdadera historia que nos transmite el nombre y circunstancias de su muger.

Pero ya es tiempo de dejar las digresiones y de esplicar sus propios sentimientos.

D. Francisco de Saa, despues de leer la carta de la pastora, se encuentra algo mas que enamorado: se encuentra decidido à casarse. La decision de un hombre que ha cumplido treinta y cinco años se produce mas rápida-

mente que la de aquel que no ha cumplido treinta. El hombre célibe resiste las seducciones del himeneo, en tanto que la ambicion de honores ó de gloria, le distraen en una corte; pero cuando se retira á el aislamiento y al mirarse al espejo, sorprende algunas canas en su negro bigote, una convulsion estraña se verifica en sus sentidos, y un temor de morir sin dejar un heredero de sus títulos y de su gloria, le hacen pensar en el odiado consorcio.

Por eso el poeta se sonrie cuando lee las dificultades que la pastora halla para poder hacerle feliz; ¡zagala inocente! no es preciso que sea perfecta para que el poeta la adore. Solo por esta carta la adora ya, y le ofrece su mano que codiciaron tantas cortesanas y que no quiso entregar á Paquita. ¡Encantadora Delia! Tu alma basta para hacer la felicidad de una campestre vida, y los hijos que tú regales al poeta serán las mayores de tus gracias.

El poeta escribe.

«*Hermosísima Pastora.*=No temais que vuestro rostro parezca desagradable al que quiere ser vuestro sin veros. Aceptadme por esposo y no temereis entonces que mi amor

turbe vuestro dichoso sosiego; porque lo hallareis cumplido en mi quinta y defendida por mi nombre y mi espada por cuya última cruz juro ser vuestro.=*El comendador, Francisco Saa de Miranda.*»

La contestacion fué la siguiente:

«*Señor Comendador.*=Acepto vuestra mano; y despues que hayais practicado las indispensables diligencias, os espero en mi quinta, donde mi capellan nos unirá con el lazo indisoluble que ha de hacernos felices.=*Briolanda d'Acebedo.*»

¡Se llama Briolanda! esclamó el poeta besando la carta. Es aun mas bello este nombre que el de *Delia*!..... Acebedo!..... Yo he oido este apellido..... Es noble..... de eso si estoy cierto..... muy noble!

Y despachó á su ayuda de cámara para solicitar el permiso del rey, é instruir las diligencias precisas.

Juan III estaba de muy mal humor; pero cuando recibió la carta, y leyó que su poeta favorito le pedia permiso para casarse con doña Briolanda d' Acebedo; cambió su seriedad en afliccion y mandó llamar á la reina.

—Catalina; dijo enjugándose una lágrima. Mi poeta querido se ha vuelto loco!

—¡Jesus; esclamó Catalina, que queria mucho al comendador ¡qué desgracia!

Sí Catalina, se quiere casar con doña Briolanda. Ya me pareció notar el dia que se despidió de mí, algunos síntomas de demencia y me duele haberle tratado con rigor. Que avisen á mi médico de cámara para que inmediatamente vaya en busca de él y veamos de curarle. Tambien me parece, Catalina, que debes enviar la antigua dama de honor para que nos esplique el principio y progreso del mal. Vuelve tú, dijo al ayuda de cámara del comendador, y dile á tu dueño que accedo gustoso á cuanto desea, y que no se incomode por nada, sino que se deje conducir por los amigos que le envio para festejarlo en la corte.

La reina calculó que se le presentaba una ocasion buena para enviar al duque en comision cerca de su tia doña Briolanda, y lo hizo salir para *Ponte* de *Lima* en el mismo carruage de don Luis. Don Fernando que buscaba á su hermano, tan pronto como vió salir el carruage temió una nueva estratagema para ro-

bar á Paquita, y entrando en el suyo siguió al duque.

El médico de cámara salió dos horas despues que el criado del comendador.

CAPITULO XI.

Sitiar por hambre.

Yo no se á quien le gusta este modo de escribir novelas que se usa ahora. Tan pronto se habla de unos, tan pronto de otros. Ya estamos en un palacio, ya en una quinta, ya en un castillo. Asi me confundo, y no sé á que parte atender, y asi no puedo hacer cosa buena. En otra novela que yo escriba he de hacer que todos los personages nazcan y mueran juntos; y así habrá unidad en la obra y descanso para el autor.

Qué necesidad tenia yo de ir otra vez al castillo de *Thomar*, si no fuera porque he llevado allí á Paquita?

Pero en fin de las cosas que no tienen remedio es inútil dolerse; y vale mas terminar cuanto antes esta mal arreglada fábula, y prevenir para otra mas órden y regularidad.

La última vez que describí á Paquita la dejé sentada en un sillon de baqueta, y dije que su rostro estaba helado, impasible, casi estúpido. Así la encontramos todavia, quince minutos despues de marchar el duque.

El príncipe don Luis tomó otro sillon, y se sentó cerca de ella.

—Te llamaré, dijo, condesa del Miño para no recordar que tienes por marido al duque mas feo de Portugal ¿quieres condesa mia?

Paquita se inclinó con indiferencia.

—Porque le aborrezco; siguió el príncipe, desde que tiene el derecho de llamarte suya. Tú condesa debes aborrecerle tambien ¿no le aborreces?

Paquita respondió con la cabeza en señal de negativa.

—No quereis mentir con la palabra y por

eso haces ese movimiento, pero le aborreces condesa. No es verdad?

—No.

—Le amas?

Paquita contestó que sí con un movimiento de cabeza.

—Otra mentira que no te atreves á pronunciar, le amas?

—Si, es mi *señor y dueño.*

—Condesa no finjas conmigo. Tú no puedes amar á un hombre tan horrible y bruto.

—¡Ah esclamó Paquita con amargura; el rey me lo dió por bueno!

—El rey no ha comprendido lo que tú mereces, condesa. Yo no hubiera elegido para tí á ese duque gordo, feo y bruto, sino á un príncipe gallardo, tan bello, tan jóven como tú. Entonces este castillo seria para tí una morada de delicias..... ¿No has pensado tú nunca en las delicias de dos seres iguales que se amen en la soledad?

Paquita se estremeció con un ligero sacudimiento, y fijó sus ojos en el príncipe.

Don Luis tenia el cabello rubio y los ojos azules y una boca tan perfecta que no podia ha-

llar rival, sino en la de Paquita. Sus blancos dientes tenian bajo su bigote rubio una gracia tan conocida de él, que por eso los mostraba con una continua sonrisa que á los cortesanos parecia de insulto y á las damas, de amor. El talle de don Luis era, como el de casi todos los portugueses, delgado y flexible, pero la elegancia con que vestia, lo hacia parecer muy superior al de los otros hombres. En estos momentos aparecia bellísimo; se habia inclinado hácia el sillon de Paquita, y tocaba su hombro con la palma de la mano.

Paquita se sintió herida por un recuerdo... el paseo en la barca. Pero la sensacion que esperimentaba ahora era mas fuerte.....

Paquita era doncella cuando tembló á la mirada de don Fernando. Paquita es casada cuando vuelve à temblar á la mirada de don Luis.

Infeliz Paquita.

El príncipe acercó su rostro á ella, fijó sus ojos como para trasmitirla el fluido magnético cuyos efectos se conocian entonces, pero cuyas causas nadie sabia comprender, y suspendió á la jóven en un poderoso arrobamiento. El fuego de sus miradas, el vapor de su aliento, el

perfume de sus rizos envolvian á Paquita en una triple atmósfera de contagio. Paquita se figuró que despertaba de un sueño muy triste que habia tenido aquella noche, creyéndose en los brazos del duque y que el angel con quien soñó primero se le aparecia tan jóven, tan dulce como ella.

—Yo te amo, esclamó don Luis con palpitante acento; tú debes ser mia porque yo te amo. Y dejó caer su frente en el seno de Paquita.

La niña se agitó convulsivamente, estrechó aquella cabeza preciosa por un movimiento espontáneo y luego rechazándola se echó á llorar.

—Dios mio; dijo. Vos príncipe no sois mi *señor y dueño*. Yo estoy casada y no es con vos.. y se levantò y huyó á un rincon de la sala.

El príncipe la siguió y tomando sus manos volvió á mirarla fijamente acercando otra vez su rostro al suyo. Luego la estrechó en sus brazos y la niña respondió con una presion violenta; pero tornó á rechazarlo y huyó á otro aposento que se comunicaba con el cuarto destinado á guardar la caja donde encerraban su dinero los señores del castillo.

El príncipe voló tras ella y volvió á mirarla fijamente..... Paquita cerró los ojos y quiso salir por la pared dándose tan fuerte golpe en la frente que se dejó caer aturdida en los brazos de su perseguidor. El príncipe besó su frente y Paquita lanzó un gemido que el príncipe apagó con sus labios. Paquita entonces hizo un movimiento desesperado, y se desasió huyendo nuevamente. Pero estaba como los pájaros aturdidos y deslumbrados que entran de noche por la ventana de un aposento y volvió á darse contra la pared. El príncipe la estrechó nuevamente y la niña estaba fria y un sudor mortal corria por su semblante. Pero se reanimó todavia y haciendo un segundo esfuerzo se desprendió nuevamente del príncipe y corrió al cuarto inmediato cuya ferrada puerta cerró precipitadamente pasando por dentro el fuerte cerrojo.

En aquel cuarto nada habia sino el pájaro y la caja de hierro que encerraba como dijimos antes el dinero de los señores del castillo. La puerta era tan fuerte como debia serlo la de una tesorería, y tenia en la parte superior una ventanilla atravesada por fuertes barras de

hierro. El príncipe trepó en un banco asomando su rostro por él, gritó; sal, condesa, que no volveré á acercarme á tí.

El pájaro volvió á graznar y nada mas se oyó.

Bien; prosiguió don Luis con rabia. Tú saldrás porque te sitiaré por hambre.

CAPITULO XII.

Dos pájaros para un bebedero.

Los fieles servidores del castillo estrañaban que dos dias no hubiese salido su señora á comer con el príncipe, pero eran harto humildes los servidores de aquella época para atreverse á preguntar al príncipe si estaba enferma su señora. Unicamente la camarera, al recibir la órden que le dió este de no volver á entrar en la alcoba de su ama, presumió que no necesitaba de testigos desde que el hermano del rey la acompañaba. Porque en aquella

época eran los criados tan maliciosos como en esta, si bien hemos dicho que eran mas humildes.

El príncipe comia solo; dormia en la cama de la condesa y tres veces al dia iba á observarla por el ventanillo de la puerta. La primera mañana vió á Paquita con los brazos cruzados mirando al pájaro comer un pedazo de carne del dia anterior. Paquita estaba cadavérica y á cada instante se la veia temblar.

—Condesa, dijo el príncipe. Abre la puerta y está segura de que no vuelvo á molestarte; mira que si te obstinas en no abrir vas á morir de hambre y de sed. Porque yo no he de darte nada.

—Idos del castillo respondió Paquita sin enojo; pero con mucha tristeza.

—Bien, abre la puerta y me marcho.

—No; contestó la niña: idos primero. Cuando yo os vea desde esta ventana salir en el caballo del duque, entonces abriré!

El príncipe se retiró diciendo, todavia no siente hambre.

Por la tarde volvió á asomarse el príncipe y vió una escena bien singular. Paquita estaba

de pie junto á la ventana, esperando á que el pájaro que tenia para cazar el duque bebiese en el bebedero de barro que contenia agua para una semana. Parecia espiar con impaciencia todos los movimientos del pájaro; y así que le vió entrar el pico en el bebedero, se animaron los ojos con una espresion de ansia y alegria. El pájaro bebió, y luego la niña abrió la puertecilla de la jaula y absorvió unas gotas de agua del bebedero lamiéndose los labios para no desperdiciar una gota. Despues volvió á colocarlo en su sitio.

—Ya và teniendo sed, dijo para sí el alma terriblemente cruel del príncipe que le miraba.

Por la noche asomó su luz y vió á Paquita acostada junto al pájaro que encerraba al ponerse el sol.

—¡Condesa! gritó: sal que no te incomodaré en nada.

—Idos! respondió Paquita con voz desfallecida.

Ya está mas débil, pensó D. Luis.

Al dia siguiente estaba Paquita inquieta y agitada. No cesaba de dar vueltas por el cuarto y parecia que la abrasaba la fiebre, porque

tenia el rostro encendido y los ojos vidriosos.

Miraba sin cesar al bebedero y espantaba al pájaro para que se acercase al agua y acabase de beber. Un hombre se hubiera bebido el agua antes que el pájaro, para saciar su sed y se hubiera luego comido el pájaro para calmar su hambre, pero Paquita era una muger.

Esperó á que el pájaro bebiera. Pero al ver la escasez del agua lo interrumpió antes de concluir y sacó precipitadamente el bebedero que suspendió en su boca hasta que no dejó en él la mas pequeña gota.

—Ya es mia, dijo D. Luis retirándose del ventanillo.

Por la tarde se volvió á asomar y la vió postrada; como muerta.

—Condesa, repitió; abre la puerta: por última vez te lo digo!

Idos, respondió con eco imperceptible.

Tres dias se cumplen hoy. D. Luis empieza á creer en la virtud de una muger: y esta creencia, tan poco generalizada entonces como ahora entregentes de la catadura de D. Luis, le tiene confuso y atormentado. Asómase repetidas veces al ventanillo y no vé luz. Por fin al

medio dia contempla á Paquita que acababa de abrir la ventana, dejándose caer desfallecida por este esfuerzo al lado de la jaula, cuyo pájaro estaba muerto sin duda de sed.....

La niña tenia la boca entreabierta, y parecia respirar con dificultad.

El príncipe gritó nuevamente. Condesa, abre!

La niña quiso articular una palabra y no pudo; pero movió la cabeza en señal de negativa.

Don Luis creia ya en la existencia de mugeres honradas, que prefieren la muerte á la vergüenza de faltar á sus deberes; pero su perversa índole luchaba todavia por rechazar esta idea generosa. Los deseos, el despecho, el orgullo, la admiracion y la piedad animaban su rostro con diferentes tintas, y no le permitian apartar los ojos del ventanillo.

El pájaro muerto de sed y Paquita sobreviviendo en la agonia, forman un cuadro pueril y descolorido para nosotros que no lo observamos. Pero grave y animada para aquel que habia visto á los dos prisioneros por espacio de tres dias asistiendo á la reparticion de las

gotas de agua y que contemplaba muerto ya al uno, y espirante y cadavérica á la otra.

Descendió el príncipe del banco donde estaba subido, y dió algunas vueltas por la sala. Detúvose luego profundamente pensativo, y tomando un aire resuelto, se acercó al ventanillo y pronunció en tono conmovido estas palabras.

—¡Duquesa, por tu virtud que es la única cosa en que creo, te juro que voy á salir ahora mismo en el caballo del duque. Asómate á la ventana y me verás partir. No abras hasta que no hayan echado el puente si no me crees, pero asómate á la ventana y á Dios!

El príncipe cumplió su palabra. Solo, sin permitir que un solo vasallo le acompañase, atravesó el camino de *Thomar* á Lisboa, llegó á palacio y entró en el cuarto de la reina.

—Estais contento de mi, dijo esta en tono festivo alargando á D. Luis la mano que él besó gravemente. Os he alejado al duque 50 leguas de Lisboa.

—Catalina, respondió el príncipe, no hableis de esto.

—¡Jesus que triste venis!

—Si muy triste. Para mi ha cambiado el mundo repentinamente. No soy el príncipe que conocísteis primero.....

—Pero qué os ha sucedido?

—Nada..... dispensadme de toda esplicacion y por última gracia disculpadme con el rey si sabe que he partido para Africa cinco dias despues de haber recibido su orden.

Besó otra vez la mano de la reina y sin descansar, tomó con una pequeña comitiva el camino de España adonde lo esperaba nuestro rey D. Carlos para la espedicion de Africa.

En 1535, segun W. Robertson, se embarcó en el puerto de Barcelona el emperador con lo mas escogido de la nobleza española, y una buena parte de ejército portugués, á las órdenes del principe D. Luis, para ir en ayuda del rey de Tunez Muley Assan, destronado por el soberbio almirante turco Barba-roja. En ningun tiempo se vieron hazañas tan memorables, como las que ejecutaron los cristianos en la rendicion del fuerte de la Goleta, y en la presa de todo el reino de Tunez.

CAPITULO XIII.

Un hombre que latiniza.

Tampoco hasta aquel tiempo se habian visto unas piernas mas largas que las del médico de cámara del rey Juan III. Tampoco se habia oido un lenguage como el que dicho médico usaba. Aunque el portugués es de suyo afectado y corrompido, todavia latinizándolo lograba el médico que los mismos portugueses no lo pudieran tolerar. En vez del *iño* en que termina la mayor parte de las voces de ese idioma, que indigna por lo rastrero, el mé-

dico de la corte de Lisboa le acomodaba el *um* y asi al *Miño* llamaba *Miñum*.

Aborrecia al poeta porque hablaba claro, y, cuando supo que se habia vuelto loco, asi sintió la doble alegria que pudieran esperimentar dos hombres que se alegran del mal ageno: dado que se componia de dos hombres y no de uno aquella organizacion, donde se veia duplicada la máquina de las piernas.

Llegó el médico á la quinta, cuando el poeta acababa de recibir á su ayuda de cámara con los documentos para casarse y el bondadoso recado del rey y se disponia á marchar á la vecina quinta donde lo aguardaba la pastora.

Sorprendióle la llegada del Esculapio y todavía mas, cuando este sin hablarle le tomó el pulso y le hizo sacar la lengua despues de pronunciar el nombre de *Galenus*. Nuestro poeta que no estaba por la pedantería, le dijo en buen portugués que se sentia bueno y que no necesitaba de *Galeno*; pero el médico se sonrió y le intimó la órden de entrar en el carruage para conducirlo á Lisboa y empezar su curacion.

—Amigo, dijo el comendador, siempre os

tuve por ignorante; pero no creí que lo fuéseis hasta el punto de creer que se halla enfermo el hombre que goza de una perfecta salud.

El médico volvió á sonreirse, y sacando una cuerda cogió las manos del poeta y se dispuso á ligárselas por detras.

—¡Vive Dios! clamó el poeta colérico que á cintarazos os voy á derribar si no me soltais. Y diciendo esto le sacudió tan fuertes zancadillas, que el médico tuvo que soltarle.

—Vamos! calmaos *discípule Virgilli*, y venios conmigo. Estais muy malo.

—Pero hombre; no seais bárbaro contestó el poeta. ¿Qué tengo yo?

—Oh! que estais loco!

—Eso quisieran todos los tontos como tú, pero estoy tan cuerdo que confieso no haber creido jamas en tu ciencia, y haber despreciado siempre tus palabras.

—Qué mas prueba de demencia! clamó el Esculapio.

—Yo bien sé que el puesto que ocupas, continuó el poeta, no le debes á tu supuesta ciencia sino á tu baja adulacion. Pero sea como quiera, declaro que me sobra todo el jui-

cio que te falta á ti. Y dicho esto dió el poeta un bofeton al pedante y mandó enganchar su coche.

El médico tuvo miedo. Apesar de tener las piernas tan largas, no se sostenia firme en sus cimientos, y determinó marcharse dando cuenta al rey de como la demencia del poeta habia tomado el caracter de la rabia y se hallaba en el caso que decia *Galenus*. Esto es, tomar las de Villadiego, aunque hay quien dice que Galeno no tuvo el honor de conocer á este caballero.

Por su parte el comendador, creyéndose cuerdo, dispuso que se preparase la quinta para su vuelta con todo el esmero y elegancia que merecia su novia.

El boj habia de volver à recortarse: la yedra habia de entoldar ciertas ventanas. Las fuentes se limpiarian para que brillase el mármol en toda su pureza. Los patos estarian prevenidos en el estanque para la primera señal. Primorosos arcos de flores se levantarian á la entrada de la quinta. Magníficos jarrones llenos de ramilletes perfumarian las estancias... Todo en fin seria digno de la bellisíma jóven

que prometia hacer la felicidad del pastor. Al dar las últimas órdenes atravesó el poeta por un bosquecillo de naranjo y sintió un afecto dulce y voluptuoso al pensar que pronto vendria á respirar el azahar con su bella compañera. Solo! Entregado á su pasion!

Tendria el rostro de Paquita? Porque un rostro como el de Paquita, asomando entre las estrellas de azahar, debe ser la perfeccion de la pintura en los cuadros de la creacion. Aquella boca tan chica cogiendo con sus menudos dientes una estrella de azahar, como hacen las niñas al jugar con las flores: aquella boca medio oculta por la estrella y aquellos ojos negros brillando de inocencia por cima de la flor, debian dar un resultado bellisímo..... Pero ya sabeis que Paquita está junto al pájaro muerto espirando de sed y que nunca podrá venir á la quinta á jugar con las flores y á beber en la fuente.

El comendador salió para traer á la Pastora que habia de beber en la fuente y jugar con las flores.

CAPITULO XIV.

La verdadera locura del poeta.

O yo confundo los hechos, ó la propia mañana que fué el médico á la quinta del poeta, salieron para la de doña Briolanda el duque d'o Novo-mondo y el príncipe D. Fernando..... Y esto aclarado, si el médico tuvo tiempo suficiente para llegar á la quinta del poeta, lo han tenido muy sobrado los otros para llegar á la de la pastora. Detiénese el carruage del duque d'o Novo-mondo, y se detiene el de D. Fernando. Sale el duque d'o Novo-mondo,

y D. Fernando queda estupefacto. Siempre que se habian detenido en el camino habian ocupado diferentes alojamientos: algunas veces se habian perdido de vista alcanzándose otras en el viage uno y otro coche, pero nunca se habian visto los que iban dentro.

El duque d'o Novo-mondo entra en la quinta de doña Briolanda y D. Fernando le sigue pálido, y sobrecogido por un vago temor. Le quiere pedir esplicaciones y el duque á ninguna satisface. D. Fernando se enfurece y lo amenaza. Sale doña Briolanda á los gritos, se informa rápidamente de lo que pasa, adivina el pérfido lazo de que es víctima su sobrina, y apostrofa al duque llena de indignacion.....

En este momento se oye otro carruage y el comendador se presenta.

—Vos, grita la irritada señora con enérgico acento, vos sois la causa de la desgracia de mi sobrina y sobre vos debe recaer mi castigo. Delirante poeta, que por una muger horrible y vieja habeis desdeñado á la jóven mas bella de Portugal, tomad mi mano y oid la solemne condicion que os impongo. El que ha preferido al título de esposo de Paquita el título de

abuelo, contrae la obligacion de vengarla de las afrentas que ha recibido. Señor Capellan echadnos vuestra bendicion, que vamos á partir al momento mi marido y yo al castillo de *Thomar* para que mi marido desafie al príncipe D. Luis y al duque d'o Novo-mondo por haber ambos manchado el lustre de mis blasones.

Cualquiera poeta pastoril puede colocarse en el lugar de D. Francisco de Saa para esplicarnos lo que aquel desgraciado debió sentir al oir las palabras de la pastora. Creyó que la quinta se le habia caido encima, al ver los ojos y los dientes de doña Briolanda, y despues dejó de sufrir, porque quedó anonadado. Doña Briolanda le habia parecido en su cuadro pastoril una oveja flaca, y sarnosa.

—¡Firmad! dijo doña Briolanda presentándole el contrato. Habia pensado castigar solo con una burla la ligereza vuestra, pero la afrenta de mi sobrina ha destruido en mí todo sentimiento de generosidad. Seré vuestra muger hasta que me muera!

D. Francisco de Saa firmó porque no sabia lo que se hacia. Es verdad que aun cuando lo hubiera sabido era harto caballero para faltar á su palabra.

Doña Briolanda firmó tambien.

Los rizos de doña Briolanda se hallaban esparcidos al viento y brillaban como cuando los vió el poeta brillar en el campo. ¡Brillar por su blancura! Sus ojos irritados brillaban tambien como los del gato enfurecido.

¡Cabello blanco, diente oscuro y ojo azul en campo negro (dijo para sí el poeta dejándose caer con abatimiento despues que firmó). Esto no le ha sucedido á nadie mas que á mí. Pero haciendo un esfuerzo de ingenio, dijo levantándose con galanteria. El talento de doña Briolanda d' Acebedo vale mas que la hermosura. En cuanto á la juventud *castigayme senhora por que vim tan tarde* (1). E inclinó la cabeza ante la noble dama, la cual le tendió la mano afectuosamente, y con voz dulce le respondió:

Vuestro castigo aunque terrible es pasagero, señor Comendador. Despues que se cumplen los ochenta años, no se vive mucho para martirizar. Yo calculo que podré vivir un año; y este aunque os parezca demasiado, es lo que se necesita para curaros de vuestra mania pastoril.

(1) Esto es histórico.

Vamos al castillo de *Thomar*, repuso el comendador, y os pagaré la eleccion, vengando la honra de vuestra sobrina.

Y cuando el sol iba descendiendo, salieron los cuatro personages: D. Fernando y el duque en un coche y el pastor y la pastora en otro. Al atravesar el campo vieron el rebaño y el poeta pastoril cerró los ojos. Le habia tomado manía á las ovejas, desde que le habia caido encima la lana de ochenta años.

Tenia razon el médico, pensó tristemente: yo tenia una locura. Pero no era la que él creia.

CAPITULO XV.

El pájaro muerto.

Nadie sino el duque en persona cuidaba en el castillo, del halcon que era el pájaro compañero de encierro de Paquita. Como su salida fué tan repentina, á nadie encargó su cuidado, y pasaron, como dijimos, tres dias sin que otra persona que el príncipe D. Luis se acercase al cuarto del halcon.

Acababa de salir el príncipe cuando Paquita se asomó á la ventana, y convencida de que se alejaba, descorrió el cerrojo de la puerta y

pidió agua; pero estaba tan débil que nadie la oia. La camarera se decidió por fin á buscar á su señora y pudo socorrerla. Seis dias estuvo Paquita en el lecho con una fiebre devoradora cuando llegaron al castillo los que salieron de la quinta.

D. Fernando habia caido en el mayor abatimiento. La creencia en que estaba de que su hermano habia triunfado de Paquita, lo habia abismado en una de esas angustiosas pesadillas que no dejan energia ni para encolerizarse. Con los brazos cruzados y la cabeza caida se dejaba conducir al castillo.

A veces un ligero sacudimiento revelaba las ocultas escitaciones que sufria al representarse en su pensamiento la escena que debió pasar entre Paquita y su hermano. Ay! los celos que el príncipe sentiria eran de esa horrible naturaleza que colocan á esta pasion por encima de las otras pasiones. El príncipe hubiera visto con resignacion los amores de Paquita uno por uno con todos los hombres de la tierra, menos con su hermano. Era moralmente incestuoso aquello que sentia por el ser que habia pertenecido á su hermano, y luchaba por

separar su idea de aquel funesto cuadro. Pero, lo he dicho, los celos de esta especie aniquilan. El que los siente pierde la facultad de la cólera y se entrega á una sombria desesperacion. Si alguna vez el suicidio pudiera en algun modo disculparse es cuando un hombre recto y generòso tiene celos de su hermano ó de su padre. Pero entonces ni aun para el suicidio tiene ánimo, y hace lo que D. Fernando, cruza los brazos, inclina la cabeza y sufre.

El duque d'o Novo-mondo por el contrario habia despertado de su sueño natural de embrutecimiento, y por la primera vez queria parecer hombre vengando su honor.

Ya se sabe que el hombre para vengar su honor debe matar á su muger y el duque no podia parecer hombre sino de este modo.

El duque desde que empezó á comprender la jugada de D. Luis, sospecha como todo portugues malicioso y desconfiado que Paquita era su cómplice y decidió castigar á Paquita.

Adelantóse en el caballo del correo que precedia á la comitiva y llegó al castillo. Pero antes de ver á su muger se acordó del halcon. Al verlo muerto y aun comido ya por los insec-

tos dió un bufido. Su caballo negro y el halcon nebli era lo único que amaba. Los portugueses y sobre todo los hidalgos de la poco ilustrada corte de Juan III tenian en mas precio un halcon que una muger. Desde que no se caza con halcones valen las mugeres en Portugal mas que un halcon, pero entonces Paquita no valia tanto.

En esto hemos ganado mucho y espero que andando el tiempo se encuentren las portuguesas á la altura de las españolas, que valen ya no solo mas que un halcon, sino mas que dos halcones.

Paquita en el siglo XIX y logrando la fortuna de nacer en nuestro pais, hubiera sido declarada criatura racional, y tal vez poetisa. Pero aquellos eran otros tiempos menos felices, y por eso el señor duque d'o Novo-mondo entra tan furioso en el cuarto de Paquita, porque se le ha muerto el halcon.

Y si supiese el señor duque que el halcon se ha muerto porque Paquita se bebiò el agua enturbiada del bebedero del halcon. ¿Qué castigo seria bastante enérgico para la sedienta Paquita?

Ya que una muger tiene harta fuerza para

resistir á la seduccion, y se decide á morir por no deshonrar al marido que la mortifica y abandona ¿no podia tambien pasarse sin beber en la agonia y no quitarle el agua al halcon que sirve para que cace su marido?

Pero no es preciso que el señor duque d'o Novo-mondo sepa que el pájaro ha muerto de sed para que su venganza estalle. Basta que haya muerto en su ausencia. Basta que Paquita se quedara con D. Luis y el halcon para suponerla cómplice de la burla del uno y causadora de la muerte del otro. Pero el duque d'o Novo-mondo siente aun mas el pájaro que la burla. Verdad es que la honra de un hidalgo no vale tanto un dia de caza con buenos halcones.

Yo comprendo como estará el duque. Debe estar frenético. Le he visto cerrar los puños, henchirse y resoplar en presencia del pájaro muerto, y es temible el enojo de los portugueses cuando cierran los puños, se hinchen y resoplan!!

El duque entra en el cuarto de Paquita. Paquita estaba dormitando con la mano debajo de su sien derecha y con el rostro medio escondido entre los encajes de una gorrita blanca.

Parecia un niño en la cuna; tan diminuta se habia quedado en los dias de sufrimiento que llevaba desde que se casó. Pero asi, tan débil y tan niña habia triunfado de la penosa lucha en que la lanzó la sociedad y descansaba ahora silenciosa y recojida en su blanco lecho. Nadie parece que debia tomarle cuenta de aquel primer sueño que se atrevia á conciliar desde que dejó de ser doncella. Parecia que una muger podia dormir despues de haber defendido la honra de su *señor y dueño*..... ¿Qué quiere ese *señor y dueño* al acercarse á ella?

Paquita no lo ha sentido entrar: Paquita está muy profundamente dormida.

El duque se aproximó á su cabeza y dijo con fuerte voz.

—Aunque parezca bruto, nadie se burla de mi. El pájaro se ha muerto, porque tu has estado en mi ausencia pensando en tus amores. Reza que vas á morir.

Y descargando ambos cerrados puños en la menuda y delicada cabeza de la niña, le hundió la sien izquierda.

Despues salió dando bufidos y se marchó á Lisboa.

Todo lo que hablemos ya es tiempo perdido; Paquita no ha de resucitar ni porque D. Fernando se arranque los cabellos, ni porque doña Briolanda la llore ni porque el duque sea desterrado.

Paquita murió; y para que se vea como un poeta pastoril no se enmienda aun cuando el infortunio de la pobre niña debiera hacer romper á un poeta de brio en robustos versos inspirados por el sentimiento y la indignacion; D. Francisco de Saa, el poeta pastoril, se contenta con escribir este epitafio que he traducido del portugues:

Aqui yace una pastora
Que la parca arrebató:
El Miño triste la llora.

Tan frios como el agua del Miño serán siempre los versos de D. Francisco de Saa y de todos los poetas clásicos que cerrando los ojos á la verdad, llaman pastoras á las desgraciadas mugeres que viven y mueren como Paquita; que en vez de pradera tienen un encierro y en vez de zagal un verdugo. Paquita! Llamarte pastora á tí que entre oro y seda fuiste condenada al martirio por un rey, un obispo y un no-

tario! A ti á quien un duque hace morir de una puñada: á ti llamarte pastora es el mayor sarcasmo que pueden lanzar al infortunio real de las sociedades los poetas pastoriles.....

Pero bien castigado queda el pastor, que tiene que llamar su pastora á la vieja doña Briolanda.

FIN.

ADORACION.

NOVELA ORIGINAL.

ADVERTENCIA.

Un jóven, amigo mio, escribió el primer capítulo de esta pequeña novela, invitándome á escribir el segundo, sin darme cuenta del pensamiento que intentaba desenvolver en ella. Escribí el segundo y él continuó con el tercero, concluyendo yo en el cuarto.

La firma de cada uno vá al pié de sus respectivos capítulos.

I.

Yo no la habia visto mas que tres veces; y sin embargo, cuánto la amaba!

La primera vez que la ví fué en los salones de Vista-hermosa. Iba de vestal.

¡Qué bien le sentaba este trage, y cuán en armonía estaba con los sentimientos de su alma pura, con su organizacion delicada y su sensibilidad esquisita! ¡Pobre Adoracion! pobre angel!

Me acuerdo bien que al verla pasar tan bella por delante de mí, todo mi ser se estremeció, comosi viera materializada una de esas he-

chiceras concepciones Shaksperianas, Cordelia ó Miranda; con quienes soñamos desde los quince años.

Corrí á pedirla un wals y valsamos.

Nunca me parecieron tan gratas, tan acordes, tan encantadoras las armonias de Straus como aquella noche. Todo contribuia á arrebatar mi alma en medio de aquel voluptuoso wals. Muger, tonos, trajes y decoraciones, todo me fascinaba, y creia hallarme en el cielo de mis creaciones en brazos de una de ellas ó de una bellísima peri. (1)

—Señorita, balbuceé en un corto descanso, qué encantador está esto!

—Si, apoyó ella tímidamente, está magnífico.

—Oh! tanto, continué yo, que me parece un Enfland, y Vd. una de sus mas lindas hadas.

Ella sonrió ligeramente.

—Cómo se llama Vd? la pregunté.

—Adoracion M..... me contestó.

—Donde vive Vd.? volví á preguntarla.

Los que hayan pasado en Vista-hermosa alguna de esas deliciosas noches del carnaval á

(1) Hada de los persas, mitad ángel y mitad muger.

que me refiero, no estrañarán que al valsar alli con una muger por vez primera, le hiciera estas preguntas que cualquiera otro calificará de libres.

—Y por qué me pregunta Vd. eso? objetó ella con una dulzura de ángel.

—Porque..... porque..... tartamudeé medio turbado por la mirada serena y fija con que acompañó su pregunta..... porque Vd. es adorable y ¡me siento tan feliz á su lado que desearia admirarla cuanto me fuera posible!

—Valsemos..... dijo ella impeliéndome suavemente.

Y volvieron otra vez las agitaciones de mi espíritu, producidas por un vals rápido y cadencioso, las ondulaciones de su pecho, las melodias de Straus, y todo el vaiven de sensaciones dulcísimas que solo se comprenden en medio de aquel torbellino arrebatador y misterioso.

—Pero, ¿rehusa Vd. decirme donde vive? insistí en otro momento de descanso.

—Rehuso, caballero: me contestó ella secamente.

Los dos bajamos los ojos: ella como arre-

pentida de su dureza, y yo como arrepentido de querer avanzar mucho en poco tiempo.

Pero al levantarlos otra vez para ella, su mirada se hallaba clavada en un jóven que inmóvil, à pocos pasos de nosotros, parecia devorarnos con la vista.

Al mirarle yo, él frunció el ceño.

—Por el cielo, dije para mí, ¿será su amante, ó su hermano?

Y como aquella duda me martirizase:

—Señorita, la dije, ¿ese jóven es su hermano de Vd. ó su amante?

—Es mi amante, respondió ella con un aplomo admirable.

La mirada que yo le lance entónces á aquel jóven debió ser tan feroz como las que él me dirigía. No sé lo que pasó por mí en aquel momento, pues sentí crisparse los dedos de mis manos, dolerme el corazon, temblar, y un peso en la frente como si fuera á saltar en mil pedazos.

—Valsemos..... murmuró ella.

—Sí, valsemos; repetí yo arrastrándola en mis brazos.

Pero ¡ay! ya no volví á sentir ninguna de

aquellas deliciosas emociones que me dominaban un momento ántes. Escepto la presencia de aquella muger, todo me parecía sombrio, negro..... desnudo de gracia y de poesía. Orquesta, trages, epígramas y decoraciones, todo me era insufrible; detestable.

En fin cesó el vals. Cuando me separé de ella salí apresuradamente, del salon sin objeto.. ..... loco..... ¡Cuánto mal me había causado una palabra de aquella muger, y cuánto la amaba ya!

Mi desesperacion me condujo al ambigú, y al verme en él quise salir á la calle, como si el aire libre de la noche fuera capaz de volver á mi corazon la calma que había perdido: pero Cárlos me detuvo, apareciendo á mi lado repentinamente.

Cárlos era uno de mis mejores amigos; pero era tambien el mas insufrible de ellos por su locuacidad enojosa. Sin embargo, era un hombre enciclopédico; lo mismo escribía un artículo sobre el dia de difuntos, como sobre nuestras relaciones internacionales con Inglaterra. Nada pasaba en Madrid que él no supiera: á todos conocía; estaba impuesto en la

chismografía de teatros, y en la crónica escandalosa de los salones..... en una palabra, era un libro de memorias.

—Basbur, me dijo; ¡qué ojos tienes!..... qué encendido estás!..... *Diabolo*! te ha pasado algo con alguna *joli madamoiselle* ó con alguna de las últimas *grissetes* que nos enviaron de París?

Bueno será decir tambien que Cárlos era un hombre poligloto. Todos los idiomas le eran familiares; pero de qué modo!..... Cualquiera palabra italiana, francesa ó inglesa que oia, la aprisionaba en su cabeza, y daba tal elasticidad á su acepcion, que á todo la aplicaba con una serenidad pasmosa.

—No tengo nada, Cárlos: no tengo nada... déjame, le dije, tratando de desembarazarme de él ¿no vés qué tranquilo estoy?

Y me violentaba por parecerle tranquilo.

—Vamos.... no te esfuerces tanto por aparentar lo que no sientes..... dijo él con su eterna sonrisa: porque Cárlos tenía una de esas sonrisas fijas que ni aun en la desgracia suelen perder los hombres de su especie: á tí te ha pasado algo, Basbur: verás como lo he adivinado: estás enamorado.

Fijé en él los ojos, como resentido de aquellas palabras, y Cárlos dió un salto atrás.

—*Per Baco*!..... *que il signore Basburi*, dijo asesinando el italiano, acaba de confirmar una cosa que yo siempre ponia en duda porque se opone à mis principios fisiológicos: ¿conqué enamorado es sinónimo de loco?

Yo le volví la espalda: pero él volvió á cogerme otra vez del brazo y me sentó en la silla mas cercana.

—Mozo, gritó con su voz de tiple, rom y ginebra.

Al oir las últimas palabras de Cárlos me estremecí de alegria, como el que concibe una idea consoladora, pero que teme realizar.

—Qué vás á hacer? le pregunté àsperamente: yo no bebo; demasiado fuego tengo en el pecho.

—Lo que voy á hacer, querido Basbur mio, es una cura homeopática. *Similia similibus*.... al fuego, fuego.

La idea me pareció buena y bebí dos ó tres copas de rom con ginebra; pero ay! Cárlos me habia engañado. Mis pupilas parecian chispas..... mi frente estaba abrasada, abra-

sado mi corazon y todo mi ser abrasado. Segun él este era el medio mejor de sofocar en su gérmen una pasion desgraciada; y yo por el contrario, no cesaba de ponderar los encantos de Adoracion..... no cesaba de hablar de ella y de él, su amante.

Cárlos quiso conocerla entónces.

Qué distinto entré en el salon de cuando había salido! qué fuerte me creia para luchar con cualquiera pasion y dominarla! Tal es la poderosa influencia que ejerce en nuestro espíritu esa bebida abrasadora, para dejarnos despues largos dias de una apatía ó tristeza fatal que los ingleses, sus mas decididos consumidores, caracterizan de *espleen.*

Cuando volví á ver á Adoracion estaba con él. Paseaban del brazo y esto me hizo tanto daño que á no ser por Carlos yo no sé lo que hubiera hecho en aquel momento de amor, de celos y de fiebre.

Anunciaron otro vals, y yo me acerqué á ella.

—Señorita, la dije, tendré el honor de.....

—Caballero..... tartamudeó ella con los ojos bajos, y como si vacilase entre darme la mano ó una escusa.

El la impelió bruscamente, y volviendo la cabeza, me dijo con una mirada desdeñosa.

—Esta señorita está enferma, caballero.

Yo me quedé inmóvil como la estátua del Comendador, allí, en medio del salon, recibiendo codazos y pisotones de todos y sin oir á Cárlos que me hablaba mas que nunca. Me hallaba en una especie de atonía indecible, hija mas bien del rom que de la respuesta del caballero.

Poco tiempo despues me encontré en una habitacion desconocida. Cárlos me presentaba un dominó, y él pedia otro para sí.

¿Qué vamos á hacer?..... le pregunté.

—Vamos á oir cuanto hablen. A favor de estos dominós podrémos escucharlos perfectamente. Yo creo que él tiene celos de tí mas que tú de él. Basbur, tú la amas ¿no es verdad?

—Como un loco!

—Entònces..... Adoracion será tu Fiametta.

—Pero..... y él?

—El se llamará Brinchini y tú Bocaccio.

—Necio!..... le dije.

Y mudando de tono le pregunté con ansiedad.

—Y bien Cárlos..... los conoces al fin?.... sabes quiénes son?

—Pues no los hé de conocer, *diabolo*, contestó él frunciendo el ceño como disgustado de aquella pregunta.

—Ah! quiénes son?.....

—Mañana lo sabrás.

—Por qué no ahora?

—Porque ahora hacemos falta allí

Y me arrastró al salon.

Aun estaban paseando. Nos fuimos acercando á ellos y notamos una tristeza profunda en ambos. Ella con los ojos humildemente bajos, y él con esa tristeza del que padece y ama.

No sé qué le dijo él con aspereza que ella le contestó.

—Pero modérate, Emilio..... tranquilízate por Dios! Qué hablas de desafios!..... qué culpa tiene ese jóven por haber bailado conmigo?

—Qué culpa! contestó él..... No sabe ya que te amo..... que eres toda para mí!..... Su terquedad en seguirte por todas partes y vuestras miradas lánguidas y amorosas no me

ponen en el caso de batirme con él.....

—Estás loco, Emilio! Si es hoy la primera vez que lo veo!

—Miserable!..... falsa!..... dijo él mirándola furiosamente, y como queriendo quebrar contra su pecho el delicado brazo de la jóven.

Ella palideció visiblemente, y una lágrima tembló bajo sus párpados.

Entónces se acercó á ellos un caballero de unos sesenta años, de una estatura regular y de un rostro sumamente afable.

—Y bien, Adoracion, le dijo, te sientes feliz?.....

—Oh! padre mio! padre mio! respondió ella, como si temiera decir cualquiera otra palabra.

—Esta señorita se siente bastante indispuesta, señor magistrado, contestó él. Sus últimas palabras cuando Vd. llegó eran quejas. Se queja de un fuerte dolor de cabeza, y quiere retirarse.

—Oh! sí..... si, dijo el anciano. Retirémonos.

Y ella apoyó la impostura de su celoso amante, dejándose conducir, pàlida, trémula

y abatida como una enferma. En todo aquel tiempo el rom habia cesado de ejercer su poderosa influencia en mí. Estaba tranquilo, sereno, pero enamorado. Cárlos renegó de la homeopatia.....

—Sigámoslos, dije á Cárlos.

—Para qué? me preguntó él con énfasis.

—Para saber donde viven.

—Y para eso quieres molestarte, *diabolo*! ¿Te olvidas de que soy tu *cicerone*!

—Pues bien *cicerone* mio, donde vive esa hermosa muger por quien estoy loco de amor?

—En la calle de Fuencarral.

—Qué número?..... qué cuarto?

—Mañana te enseñaré la casa; mas aun, te presentaré.....

—Eres visita de ella, querido mio?

Oui. Dentro de pocos dias ella será para ti ó Fiameta, ó Beatriz, ó Laura, ó Leonor, ó Fornarina, ò.....

=Oh! calla..... calla..... olvidas que esa muger ama à otro!

—Pero ese otro, ese celoso *fashionable* à quien ama, es casado.

—Casado!!

—Y con tres hijos. Es bilbaino. Tiene su familia allí, en Bilbao.

—Dios mio! Y ella sabrá todo eso?

—Oh! hazle un poco de mas favor *mio caro*; la *poverina* ignora completamente que su amante es casado!

—Pobre Adoracion! pobre ángel! esclamé yo llevándome las manos á la frente.

El conde de B.....

II.

A las tres de la tarde del siguiente dia, atravesábamos los salones de la casa de Adoracion, casa que no es mi ánimo describir, porque estaba muy preocupado para reparar en ella. Sé que en el fondo de un gabinete se hallaba la que absorbia en aquel instante mis pensamientos.

Oh! cuánto me interesaba aquella muger desde el punto que la había visto! Su imágen ni un solo momento se apartó de mi memoria; mis pensamientos, todos mis pensamientos se habían reconcentrado en uno solo, en el de

adorarla y de compadecerla. Era tan bella! tan delicada! tan poética! y tenía yo un presentimiento de que había de ser tan desgraciada!..

Cárlos me presentó.

Adoracion me pareció mas serena que la víspera. Nada hay mas lánguido que una muger despues de una noche de baile. Pudiera creerse que todas las facultades del sentimiento, que todos los instintos de la coquetería se han estinguido en ella al observar la negligencia de su *toilette*, como decia Cárlos, el tono indolente con que se esplica y hasta la actitud fatigada con que se sienta.

La sonrisa de Adoracion aquella tarde parecia mas bien la espresion del fastidio que de la cortesanía; y esto es tan sensible para el que trata de fijar la atencion ó de escitar al ménos la curiosidad de la muger que ama, que yo me arrepentí de haberme presentado á ella en aquel estado.

¿Qué resortes han de emplearse para conmover la fibra de un corazon debilitado por la lucha de anteriores combates? Qué podía yo decirla que no le pareciese frio y estemporáneo?

Hallábame, pues, en una posicion falsa con respecto á ella; y algunos al mirarme tan suspenso en frente de aquella belleza, que habia despertado en mi alma una de esas pasiones que no se estinguen jamas, hubieran dicho que mi corazon reflejaba su apatia, y que el amor de mi pecho habia desaparecido, helado por aquella frialdad que dominaba á Adoracion.

Carlos era el único que hablaba.

—*Mio caro*, me dijo *sotto voce*, en tanto que Adoracion hablaba con una señora que tenia á su lado; te ves reducido á la nulidad. Me estás pareciendo un *petit lione* recien salido del colegio que hace en estos salones su *debut*. Háblala.

Oh! querido mio; estoy muerto..... mi amor es tan profundo que trastorna mi cabeza. Hablarla.....! no se de qué, querido.

—De la salida de un cantante..... de perros daneses.....

—Carlos, por Dios.....!

—Del nuevo carruage del embajador inglés, del hipódromo..... del circo de Paul....

—Deliras, Carlos... .....

—De la Guy, de Jhon Lees.... . de Kouski ó de..... de.....

—Todo, menos de eso. Le preguntaré si se le ha pasado la indisposicion de anoche.

—Huf! qué *fiasco*! no pudiera hacer mas un provinciano, *diabolo*!

Este diálogo tenia lugar entre nosotros, mientras Adoracion despedia á dos señoras que la acompañaban; y cuando quedamos solos, mi situacion se hizo mas angustiosa, porque Carlos se habia decidido à dejarme *debutar*, como él decia, quedando él de *figurante*.

Pero la misma Adoracion vino en mi auxilio, preguntándome con indiferente agrado:

—No he bailado con Vd. anoche, caballero?

—Sí, señorita..... .. tuve el honor de.....

—Oh! interrumpió Carlos..... cuanto he sentido la indisposicion de Adoracion, pues me privó del *piacer* de bailar con Vd. otro vals.

—No estaba cierta de que fuese Vd.; prosiguió ella desentendiéndose de la locuacidad de Carlos, y afectando hallarse confundida con sus recuerdos, como para escusar la escena de la víspera. Estaba ayer tan aturdida..... La música, el vals, me agitan tanto que todo lo que veo en un baile me parece figuras de óptica.

No sé porqué estas escusas me inmutaron. Hubiera preferido su enojo á la estudiada urbanidad con que procuraba reconciliarse. Quisiera ver á la muger que amo irritada conmigo mejor que amable. Por eso no recuerdo lo que le contesté en mi despecho. Me sentia inquieto pareciéndome que tenia derecho á ello desde que poseia el secreto que ella ignoraba.

Pero la llegada de un nuevo interlocutor, cambió estas disposiciones poco generosas de mi ánimo.

—Perdona, chica, dijo el recien venido dejándose caer en la misma otomana que ocupaba Adoracion, si me presento en este trage de camino. Acabo de llegar de las provincias.

Estas palabras que escritas pudieran tomarse por una disculpa, tenian pronunciadas el sentido de un insulto, por el tono de desden, de brusca familiaridad y hasta de insolente ironia con que fueron pronunciadas. Fijé mi atencion en el que hablaba y ví que era casi un niño. Un ligero bigote empezaba á crecer en aquel rostro barbilampiño, como para nivelar la diferencia del labio superior con el inferior que se hacia muy grande por la gordura é inclinacion de este último.

No estoy por los labios caidos: hay algo de cínico en la espresion que dan á la boca. Tan poco estoy por los ojos garzos. Tengo el capricho de creer que la malignidad, al adoptar en cada fisonomia sus distintivos, elije el color verde-azul en los ojos con el tornasol de un alma ruin y egoista. Hay algo de reptil en el mirar de esta clase de ojos.

Adoracion respondió al recien entrado con cierta especie de reserva y disgusto.

—Vienes bien, Francisco, de cualquier modo.

—Acabo, prosiguió Francisco, de dejar la silla-correo, y como te digo ni me he quitado el polvo.

Y el aturdido jóven señalaba sus botas con el desenfado de un calavera.

—He dicho que estás bien, repuso ella sin mirarle. Vienes contento de Vitoria, de Irun, de Bilbao y de Tolosa..... ¿Traes muchas vistas para mi *album*?

—Te diré, chica, traigo mas retratos que *bocettos*. He retratado mas mugeres que pueblos y castillos ruinosos: porque, qué mugeres.....! qué ángeles he visto!

Madonnas eh? obgetó Carlos con su atiplada voz y su sonrisita almibarada.

—Eso es, caballero, *madonnas*, verdaderamente *madonnas*; pero *madonnas* que agasajan.

Carlos se atuzó su ligero bigote con importancia.

—Ah! *per Dio santo*, dijo, en todas partes con la *meme chose*.

—Ah! esclamó Adoracion.

—Sí, chica; tan obsequiosas, tan amables que he vivido en prensa.

Le asedian á uno ..... le sitian..... Nó se vé uno libre de ellas jamas. Vengo como escapado de una jaula; pero ay! ni aun en la silla me han dejado en paz.

—En la silla! objetó Adoracion.

—Oh! si chica..... dos bilbainas vinieron conmigo. La llegada de esas dos señoritas te debe alegrar, y en particular la de una.

—Y quién es.....?

—Vaya, alégrate mucho.....

—Si?

—Muchísimo.

—Vamos..... dilo.....

—Sereis muy amigas.

—Puede.....

—De seguro.....

—Acaba.....

—Si vieras qué bella es!

—Pero quién?

—Qué talento!

—Quieres decirlo?

—Qué elegancia.....! Pero no te lo digo.

—Como gustes.

—Es para tí una sorpresa tan grande!

—Jesus!

—Un placer tan imprevisto!

—Pues bueno, cállalo.

—No, te lo diré. Esa muger es.....

—Es.....

—Es..... adivínalo!..... Esa muger es la muger de Emilio.

Y rompió aquel semi-hombre en una de esas carcajadas de bárbara alegria que revela el placer del sarcasmo en un alma cruel. Pero Adoracion no dió una sola muestra de haberse turbado. Sus facciones permanecieron inmobles, y respondió á Francisco con maravillosa calma.

—La esperaba. Pero no sabia que viniese contigo.

Despues tiró del cordon de la campanilla y dijo al criado que entró.

—Vaya Vd. á casa del señor D. Emilio de Lara, y pregunte si ha llegado buena la señora.

Carl s y yo cambiamos una mirada de admiracion.

En seguida continuó indiferente.

—Emilio me habia dicho que la pasion que sentia por su señora estaba justificada por su hermosura. Ya veo que no me engañó.

Carlos y yo quedamos estupefactos. Francisco estaba desconcertado.

—Me alegro que haya sido asi, dijo tomando el sombrero.

Gracias, respondió Adoracion con una sencillez angelical.

Pero cuando Francisco hubo marchado vimos correr por sus labios algunas gotas de sangre que enjugó con su pañuelo sonriéndose.

Al despedirnos tartamudeó. Hubiérase dicho que tenia la lengua despedazada.

C. C.

III.

En todo aquel dia no dejé de pensar en Adoracion, en las palabras de Francisco, y en la admirable resignacion de ella al escucharlas.

Era ya amor ó compasion lo que yo esperimentaba por ella? No lo sé. Lo que puedo consignar ahora en este diario, ahora en que ya todos aquellos acontecimientos, en que figuró aquel pobre angel como un mártir tuvieron un desenlace terrible, ahora en que ya no tengo mas que lágrimas y oraciones para ella, es que en el interes profundo que me inspiraba habia de todo: amor y compasion.

Perdóneme Dios y mis padres, pero yo no me ocupaba mas que en ella..... ella..... ay! ella..... jóven, bella y mártir! No me ocupaba mas que en ella porque ella fué todo para mí desde el instante que la ví entre flores y luces. El amor que me habia inspirado llenaba mi alma. Era un amor cual nunca yo lo sintiera..... un amor espiritual..... un amor poético como su presencia y la encantadora melancolia que la singularizaba. Un amor tan grande que no se satisfaria con su posesion.... Un amor que nada tenia de terrestre, ni de mundano, y que algunos de mis amigos caracterizaban de necio..... ó..... de..... platónico.

Cuando me acosté aquella noche, creí volverme loco de tanto pensar en ella. Pasé una noche cruel á fuerza de recordarla, pues el sueño huia de mí y solo su imagen permanecia fija en mi mente. Por eso combatido de muy encontrados pensamientos, apenas pude cerrar los ojos.

Al despertar al siguiente dia quise distraer aquella pasion que tanto me dominaba, y me puse á leer los periódicos que me presentaba mi jokey.

Era domingo, y la mayor parte de ellos eran de literatura. Empecé á leer algunas composiciones de Zorrilla, de Rubi, de Hartzenbusch y de otros poetas célebres, pero nada, no podia engañarme á mi mismo.

Arrojé á un lado los periódicos y empecé á pasearme por mi gabinete. En menos de un cuarto de hora destrocé los cordones de mi bata, la borla de mi gorro y las puntas de mi corbata, siempre pensando en ella, siempre poseido de aquel vértigo de amor que me hacia temer por mi existencia. En este estado angustioso de fiebre me dejé caer en una silla como rendido. Me acuerdo bien de lo que voy á escribir, es una puerilidad tal vez, pero ello influyó mucho en el giro del drama en que yo habia de tomar parte. En frente de mi silla y sobre el piano se hallaban aun algunos periódicos de los que me mandaban de la redaccion.. Al caer en ellos mis ojos leí vagamente en la gacetilla de teatros de uno. «Esta noche se estrena *El Attila* en el Circo y *debutará* el señor Carrion, uno de nuestros tenores mas aventajados.....»

—Opera nueva!.... dije para mi..... ópe-

ra nueva y de Verdi..... y ademas debutará un tenor español..... Oh! esto no debe perderse.

Y en efecto, este anuncio despertó en mí tal ansiedad que escepto de Adoracion, de nadie me acordé aquel dia.

Estremadamente apasionado de las óperas del maestro Verdi cuando entré en el Circo no me dominaba otro pensamiento, otra ansiedad que la de escuchar las armonias de la que se iba á estrenar aquella noche. Bien pronto la brillante orquesta del Circo llenó el espacio con sus seductoras melodias..... la voz de la Rossi y la de Salvattori resonaron clara y distintamente entre el silencio que infundia su aparicion, y todos pareciamos obsortos, fascinados, fijos en nuestros asientos como si todas las facultades del alma se hubieran replegado á los oidos y á los ojos.

Cosa rara! ó mejor dicho, poderosa influencia del amor! en uno de esos momentos en que todos nos hallábamos mas embebidos por la magia del canto y de la música, fijé al acaso mis ojos en uno de los palcos principales de la derecha, y mis ojos se cerraron como deslum-

brados, sentí agolparse toda la sangre á mi corazon y temblé como los *attoniti* de Celso.

Ay! la habia visto..... la habia visto á ella, pálida, hermosa é inmóvil al lado de su anciano padre!

En aquel momento cayó el telon entre un huracan de aplausos, y me dirijí al palco en que se hallaba ella.

Carlos que estaba en una de las lunetas mas traseras, dando rienda á su locuacidad de *dilettanti* con cuatro ó cinco jóvenes, quiso obstruirme el paso, y hablarme de Verdi, de la Rossi, de Salvattori, del tenor nuevo.....contarme las aventuras de todos é imponerme en la *crónica de bastidores* de aquella noche; pero no pudo conseguirlo. Ni le hice caso.

Entré en el palco de Adoracion, y despues de enterarme del buen estado de su salud, así como la de su papá, cambiamos algunas palabras rutinarias acerca de *El Attila.*

Pero cuando salió del palco el magistrado y quedamos solos.

—Conde, me dijo, su amigo de Vd. nos devora con la vista..... parece que quiere decir á Vd. algo.

—Mi amigo, señora..... qué amigo.....?

—Carlos..... el bueno de Carlos..... véalo Vd. alli entre aquellos jóvenes.

Busqué á Carlos con los ojos y apenas él vió los mios fijos en él, me señaló un palco en el que se hallaban varias señoras, á cual mas lindas y elegantes. Una, tal vez la mas jóven y bella, se particularizaba por sus poéticos ademanes y el lujo de su traje color de rosa.

—Y qué querrá decirme con eso.....? pregunté yo á Adoracion..... que querrá decirme Carlos con enseñarme ese palco?

—Oh! señor Conde, prosiguió ella con una sonrisa encantadora, no se haga Vd. el desentendido. Carlos mostrará á Vd. tal vez la señora de sus pensamientos.

—De los de él.....?

—No..... de los de Vd.

—De los mios..... balbuceé muy agitado, y bajé los ojos.

Pero al levantarlos otra vez para ella, su sonrisa se había petrificado en sus labios; sus ojos se hallaban como enclavados en el palco que Cárlos me designára, y se estremecía como si fuera á caer enferma.

Pobre niña! pobre Adoracion! Acababa de ver á Emilio sentarse al lado de la jóven del vestido rosa, y los veía á ambos hablar, sonreirse y mirarse como dos amantes, locos el uno por el otro.

—Ay! dijo ella como si hablara sola: esa señora será la esposa de Emilio!

Y al dirijir los ojos á las lunetas como si le hiciera daño la vista de aquel palco, se encontró con el saludo de Cárlos, que era mas bien una inclinacion de cabeza..... un si á las palabras que acababan de escaparse de su pecho.

Entónces, cambió completamente aquella organizacion que yo creía fundada para el dolor. Palideció como un cadáver, tembló mas, y bajando los ojos, dos lágrimas se dibujaron en sus mejillas.

Permaneció asi unos cortos momentos, sin hablarme y sin mirarme, como si temiera revelarme en sus miradas ó en sus palabras la lucha desgarradora que traducían sus facciones y su actitud dolorosa. Yo entónces me levanté para salir.

—Caballero..... me dijo lentamente y con

voz ahogada..... quédese Vd..... No sé por que, desde que empecé á tratar á Vd. le he mirado con el interés de una hermana.....

Aquellas palabras me sorprendieron..... Me parecieron hijas de la fiebre que la consumía, ó cuando menos estemporáneas.

Yo me volví á sentar, y un silencio doloroso reinó por algunos momentos entre los dos.

—Por lo mismo, continuó ella con el mismo tono de voz lento y entrecortado; por lo mismo que Vd. se ha grangeado las simpatías de mi alma, como amigo ó como hermano..... quisiera..... quisiera..... y vacilaba como si no encontrara palabras para espresar lo que queria decirme.

—Señorita le dije acercándome á ella cuanto pude, si en algo puedo ser útil á Vd.... si puedo aliviar los padecim ientos que la abruman..... si mi vida..... si.....

Y me detuve á mi vez no menos perplejo que ella.....

—Oh! Conde.....! Conde.....! esclamó fijando en mí los ojos con una espresion de dolor que no podré olvidar jamas, comprende Vd..... sabe Vd. al fin.....

—Todo lo sé, señora.

—Todo!

Y este *todo* brotó de sus labios como el ay! de un moribundo, y fijó en mí una de esas miradas escrutadoras que parecen dirigirse al fondo del alma.

Señora..... sé que ama Vd. á ese caballero, y que ese caballero es casado.....

—Y nada mas? preguntó con ansiedad.

Yo me estremecí y guardé silencio.

—Oh! no sabe Vd. mas que eso? no es verdad? esclamó ella.....

Y hablando como consigo misma, continuó.

—Tambien es verdad..... que no se puede saber mas..... Pero el secreto es horrible!.....

Yo volví á estremecerme mas. Ella inclinó la cabeza sobre el pecho.

Hubo otro instante de silencio doloroso.

Entónces entró su padre.

—Papá, vienes á tiempo de salvar un alma, le dijo ella con una vivacidad y un cambio de voz y de facciones que me sorprendió. Vienes á tiempo de salvar un alma, porque el señor conde acaba de poetizar el suicidio, acaba de hablar de él como de un bien.

—De ese mal está herida la mayor parte de nuestra juventud, dijo el Magistrado, y es una desgracia incalculable para la sociedad.

Y me miró con lástima.

Qué era aquello que se desplomaba sobre mí! Yo hablar bien del suicidio!..... Ah! por fin comprendí que ella me marcaba semejante papel en aquel momento, no sé por qué y lo acepté aunque con repugnancia.

Iba á hablar en favor del suicidio cualquier idea, cualquiera de esas desastrosas ideas que lo divinizan, y que en efecto se han arraigado tanto en la juventud del dia; pero Adoracion saliò en mi auxilio diciendo.

Escucha lo que acaba de decirme el señor Conde, papá. Dijo que cuando el *suicidio moral* se ha consumado, á despecho nuestro, una herida en la frente no es un suicidio. Es una herida en la frente por donde se pierde la sangre que ya no puede animar la pasion, la vida.

Y clavando sus ojos en Emilio, se contrajeron los músculos de su rostro y sus labios derramaron una sonrisa histérica..... siniestra..... fatal..... que me hizo estremecer mas que nunca.

En aquel momento se levantó el telon de boca y yo salí del palco. Pero en vez de volverme á mi sillon me dirijí á mi casa.

Ay! empezaba ya á ver un drama en todo aquello, un drama terrible!

El conde de B....

IV.

Tal era el estado de mi ánimo al salir de la ópera, que entré en un carruaje que no era el mio, y me dejé conducir á una casa de la calle de la Montera, bien distante por cierto de la en que yo vivia. En la escalera conocí el error, y gratificando al cochero por mi torpeza y la suya, dispuse marcharme á pie para vér si el ejercicio y el aire libre despejaban mi cabeza.

Ni aun tuve la precaucion de decir á aquel hombre que enterase á mi lacayo del suceso, para que no estuviese aguardándome á la puerta del teatro.

Al llegar à mi casa me entregaron un despacho del ministro..... ¡Vive Dios! seis horas de término para marchar á Portugal con una comision secreta! Desgraciados los hombres á quienes la suerte ata á la rueda de la política! Bien pagan su ambicion en la esclavitud á que se reducen y harto pesan los honores comprados á espensas de la libertad.

¿Qué me importaba á mi la política en aquel momento? ¿Qué interés podia ofrecerme una intriga de gabinete en el estado de ajitacion en que me hallaba por mis propias afecciones? Un político, ó no se enamora jamas, ó no sirve para político.

¡Seis horas..... cuando necesitaba ver á Adoracion por lo menos seis veces! Marcharme..... cuando el instante de la catástrofe se acercaba y cuando acaso mi presencia lograria impedirla!

Volví á leer el despacho. Graves males debia mi comision evitar en la Peninsula. Una hora sola que se dilatase el paso del gobierno, traeria fatales consecuencias..... Mi comision era tan árdua que por eso se habia fiado á mi capacidad diplomática.

—Ah! maldito sea mi talento esclamé. ¿Es posible que yo no lo haya conocido sino para servirme de él en perjuicio de mi persona?

Arrojé el despacho y volví á emprender la tarea de dar vueltas por mi sala. Hacia dos dias que estaba en un continuo movimiento..... yo el acérrimo partidario de la butaca!

Pero siempre que nos sentimos dominados por la agitacion moral, queremos buscar el descanso en la agitacion física. ¡Ah! si un hombre no se moviera de un sitio para otro cuando se halla combatido de interiores luchas, estallaría su cabeza como la máquina de un vapor comprimida.

Dios sabe las vueltas que yo dí. Al fin me senté fatigado y quise meditar con calma sobre el partido que había de adoptar para cumplir á la vez con dos deberes contrarios. Pero en aquel instante sonó el reloj, y me estremecí pensando que ya tenía una hora menos.

Entónces tomé la determinacion de escribir esta carta que conservo en la memoria.

Señorita Adoracion M.—Hace una hora que me separé de Vd. y una fuerza superior me impulsa á escribirla. Las palabras de Vd.

esta noche han afectado profundamente mi alma, por mas que Vd. las haya dicho en tono festivo. Sus palabras concurren á ese pensamiento, á esa historia, á ese drama..... y yo no puedo marcharme tranquilo si Vd. por lástima siquiera no tiene la bondad de darme alguna seguridad por su vida. Yo considero el suicidio, amiga mia, como la mayor ofensa que se puede hacer á Dios. Considérelo Vd. asi.. Vd. que es un ángel y tiene menos motivos para ofenderle.

Un deber imperioso me aleja de Madrid; pero estoy decidido á faltar á este deber si Vd. se niega á concederme la seguridad que pido. Prométame Vd. que se dilatará la resolucion hasta mi vista. Antes de quince dias estoy aqui y tal vez hallaremos el medio de salvar, si no el corazon de Vd. al menos su delicadeza comprometida.... No vea Vd. en mí un amante que aspirará á su mano para obtener la felicidad sino como antes ha dicho Vd. un hermano.... pero un hermano que quiere compartir el peso de la desgracia que tanto agobia á Vd.

Adoracion; prométame Vd. no que renuncia al suicidio, porque no le llama suicidio á

una herida en la frente; sino que renuncia Vd. á causarse esa herida.-*Victor, conde de Basben.*

Al concluir esta carta me dirijí yo mismo á casa de Adoracion. Aun no habia vuelto de la ópera; pero ya me conocia su criado y pude fiarle la carta con las acostumbradas prevenciones.

A la media hora tenia en mi poder estas palabras escritas con lapiz.

«Marche Vd. tranquilo, señor conde; le ju-«ro que renuncio á causarme la herida que le «inquieta y que puede estar tan cierto de esto «como de mi inmenso agradecimiento.»

Esta carta me tranquilizó; y cuatro horas despues, es decir, á las seis de la mañana, salí en la silla de posta con esa satisfaccion que se esperimenta al creerse uno libre de un gran peligro.

Yo no sé como diablos creyó el ministro que era yo apto para la mision que se me proponia. O el Ministro se habia equivocado ó yo me habia embrutecido. Pero es lo cierto que me encontré cerca de doña Maria de la Gloria tan desorientado con respecto á mi cometido, que S. M. F. no me comprendió, ó comprendió

una cosa distinta; pues me respondió con el mayor desagrado que obraba con poco tino el gabinete español al exijir de ella una medida semejante.

—Señor conde; me dijo: harto irritado se hallaba mi pueblo con la anterior política para que pudiera sufrir la dissolucion del parlamento cuando acaban de abrirse las cámaras hace siete dias.....

Yo salí aturdido de mi torpeza porque, en efecto, podia haber equivocado las instrucciones del ministro.

Pero que me importaban á mí los negocios de España y Portugal? Transmití al consejo las palabras de S. M. F. y con el mismo correo de gabinete escribí una estensa carta para Adoracion. No hay duda que si. El amor entorpece los planes de la política; y la política facilita los planes del amor, pues el correo de gabinete pudo llevar mi carta y traerme la siguiente contestacion, que abrí antes que el pliego del Ministro.

«Sufro mucho. Me hallo enferma del pecho. Ayer estuve á ver á la muger de Emilio, porque la sociedad tiene establecido que se visite

á las mugeres de nuestros *íntimos amigos*.

¿Como habia yo de faltar á la sociedad? Emilio estaba con su muger en un gabinete.

La muger de Emilio enseñaba á su marido las vistas de su album.

Emilio palideció al verme.

La muger de Emilio me recibió con una espresion de cariño entrañable, y me dijo sonriendo.

—Ya tenia el placer de conocer á Vd. porque nuestro amigo Francisco me indicó su persona en la ópera.

Luego entró Francisco y como me oyese toser.

—Chica! esclamó! toses y estas pálida! te duele el pecho? cuidado con la tisis.

—Ah contesté riendo! Tísica yo!..... pues si como y duermo como una tonta.

—En ese caso estarás dispuesta para el baile de mañana.

—Era posible que faltase yo, Francisco? No sabes que deliro por el baile?

—Verá Vd..... dijo él volviéndose á la muger de Emilio, verá Vd. como baila Adoracion. No se lo ha dicho á Vd. Emilio? Es su pa-

reja; y ahora que lo pienso bien, chica, prosiguió volviéndose á mí con aquella sonrisa malvada que le distingue; esta noche no tendrás pareja y creo que estoy en el caso de *caballeiro servente*, como dice el necio de Cárlos?

Ay! hacia ya tiempo que yo sentia un frio mortal en los pies y fuertes punzadas en el corazon. Pero aun pude sonreirme y esclamé.

—Oh! mi querido Francisco..... si tengo empeñados tres bailes!

—*Bon jour* dijo Carlos entrando en aquel instante, ¿de qué se trata?

—De una desgracia respondió Francisco. Adoracion tiene empeñados tres bailes y estará fatigada para el cuarto.

—Fatigada! repetí aparentando enojo! Francisco te desafio á dar trescientas vueltas en el cuarto vals.

—Acepto, Adoracion: acepto.

—*Diablo!* gritó Carlos, un vals monstruo *Dieu ne commande povit Vd. impasible!* Oh! esto merece ponerse en conocimiento del círculo.

Ya vé Vd. señor conde, si soy una muchacha de sociedad. La del siglo XIX no puede exijir mas de mí.

Voy á cerrar esta carta para consultar con mi florista el adorno que he de llevar esta noche.....

Ah Victor! Vd. será el único que comprenda la agonia de este corazon despedazado! Adios! Adios!—Adoracion.

Cuando acabé de leer esta terrible carta salí desatentado para dirijirme al Palacio de las Necesidades. En el camino me enteré del pliego que contenia las instrucciones del ministro, con el único deseo de terminar aquel mismo dia mi comision.

Por fortuna, la Reina se mostró mas favorable, y con algnna pequeña modificacion se sirvió acceder á nuestros deseos; pero cumpliendo á la política, me señaló otra audiencia para dos dias despues, porque necesitaba, dijo, ponerse de acuerdo con sus consejeros.

Pasaron los tres dias de mortal angustia y estaba impaciente de que llegase la hora de presentarme á S. M.; pero he aquí que llega el correo de España y leo en la gacetilla del Heraldo, bajo el epígrafe de *desafio singular*.

«Esta noche se prepara un baile en casa del Embajador Inglés, en el cual una de las jóve-

nes mas elegantes y risueñas de la corte se propone bailar un vals monstruo con uno de nuestros mas íntimos amigos. No creemos que haya señorita capaz de resistir trescientas vueltas en el magnífico salon, y cuantas personas están impuestas en el desafio, se hallan impacientes de ver el resultado.

El diario cayó de mis manos como si hubiese leido un desafio á muerte. Marché á ver á la Reina confuso y distraido.

S. M. no podia despacharme aun aquel dia; pero al siguiente quedaria libre. Llegó el siguiente y habiendo sido en efecto despachado me disponia á tomar la posta..... cuando oigo gritar en la escalera de la fonda.....

—*Diabolo*, donde estás, *diabolo*!

Era Carlos.

—*Diabolo!* volvió aun á decir al verme. ¡Por la *mai de deus* que Lisboa es peor que Madrid! Que calles....! Que escaleras...! Pero ¿*como teim parado* conde?

—Bien.... bien.... le dije abrazándole.... pero qué es esto?..... Que significa tu venida á Lisboa.....? Vienes emigrado.....

—*Poin du-tout, mullement.*

—Y entonces...? Pero háblame antes de...

—Ella..... no es verdad? Eh! bien, á eso vengo, á contarte el desafio.....

Yo me estremecí de terror..... Que debia haber pasado para que Carlos hiciera un viaje espresamente para referírmelo!

—Con que..... solo vienes á eso.....? tartamudeé.

—Pues qué.... mi querido Basben, no merecen doscientas cincuenta y ocho vueltas de vals el que un hombre corra cien leguas para contarlo á otro! *c' est la costume de beaucoup de gens*. Ademas he ganado al juego diez y ocho onzas y era *necesaire* hacer un viaje, ya al Sena, ya al Tajo. *Loin*, *loin* de Madrid....

—Pero... vamos.... empieza.... se fatigó? se desmayó? ha tenido mal resultado? se aumentaron sus padecimientos....? tose....

—*Diabolo*! que impaciente estás! Yo contaré todo por su orden.

—Pero, pronto.....

—Pues bien, Adoracion no era lo que se creia.

—Como no era.... Dios mio! ha muerto?

—Basben, si me interrumpes, callo.

—Adelante.

—Adoracion no era una niña sentimental como creiamos tú y yo; pero en cambio; que fortaleza de pulmon! Dar doscientas cincuenta y ocho vueltas despues de haber bailado cuatro valses y triunfar de Francisco!

—Conque triunfó?

—Si.

—Ah! gracias!

Y respiré.

—El salon. Basben, estaba *magnifique piramidale*!.. Ya sabes lo que es el Embajador... Se hallaba alli reunida la aristocracia de la cuna, la del dinero, la del talento.....

—Bien, basta.

—Medinaceli..... Fagoaga..... Pastor Diaz.....

—Ya supongo.....

—La señora que hacia los honores tenia un vestido.....

—Suprime el vestido, Carlos.

—Bien pero el prendido no. El prendido era á la *Pompadour*; ya sabes, dos encajes....

—Si..... Si.....

—Y una guirnalda.....

—Me acuerdo bien.

—Y el pelo en *baudeau*.

—Sigue.....

—El baile principió á la una. Adoracion se presentó á las dos, ¡Oh Basben; no puedes figurarte su elegancia y alegria..... creo que no querrás que omita esta descripcion.

—Bien.

—Llevaba un traje de tul blanco con viso *moaré* corte á la *Malibran* y rosas blancas en la falda y en el pecho. El peinado era á la griega, recojido todo el pelo atras con una corona de rosas blancas..... Basben, estaba encantadora! Desde que entró toda la atencion se fijó en ella. Emilio estaba fascinado; pero ella no le hizo caso, y paseaba ligera y festiva entre una turba de adoradores. Infinitos se declararon, y yo, yo mismo.....

—Tú, Cárlos, pobre mártir!

—Y me recibió perfectamente, y bailó conmigo, y á tener mas larga vida.....

—Su vida, Carlos! qué..... está en peligro! Pues no dices que triunfó?

—De Francisco.

—Ah! Por Dios, acaba!

—No anticipes los sucesos, y déjame seguir cronológicamente. Como te digo, me escuchó con agrado, me contestó que mi amor era lo único que faltaba á la felicidad que esperimentaba aquella noche y que al siguiente dia premiaria mi afan.

—Ah!

—Luego, continuó Cárlos, bailó con otros tres, y pidió varias veces agua fria. Eso sí, tosia bastante, pero sin perder por eso su sonrisa, *diabolo*! A las cuatro debia empezar el desafio. Todo el mundo estaba en espectativa: yo habia dado á este acto el colorido escénico para que hiciera mas efecto en la concurrencia, y nadie ignoraba lo que iba á suceder. A las cuatro, pues, empezaron el vals monstruo. ¿Ves tú la rueda de un vapor; ves tú..... Qué, que te diré? aquello no era bailar, aquello era un vértigo; aquello era la pata de palo de que nos habla *el no me olvides*. No se veia mas que una banda blanca girando en torno del salon. Yo llevaba cuenta con las vueltas, y á las cien no habian cedido en su velocidad. Cinco vals distintos apuraron y todavia seguian con igual rapidez.

Por fin dieron doscientas vueltas y estábamos asombrados de ver que ninguno cedia; pero á las doscientas cincuenta empezaron á ir mas despacio y de pronto se detuvieron. Adoracion se enderezó reclinándose contra la pared y separó sus brazos de Francisco; el cual cayó desplomado enmedio de la sala. Un estruendo de aplausos saludó el triunfo de la heroina, y yo tuve el honor de ser el primero que llegó á ofrecerle el brazo.

Al llegar aqui Carlos se detuvo y yo me estremecia convulsivamente, porque me parecia adivinar la verdad.

—Estaba, prosiguió, pálida, desencajada, y el movimiento de su corazon era tan violento que separaba el vestido y la precisó á cubrirse el pecho con las manos hasta que la diesen el chal.

Pidió otro vaso de agua fria.....

—Ah! dejaron que bebiese?..... esclamé indignado.

—Eh! quien habia de temer por una amazona que habia resistido doscientas cincuenta y ocho vueltas?

—Qué barbarie! esclamé indignado.

—Yo, Basben, estaba como puedes figurarte, loco de amor.... y la acompañé al carruaje. Su padre no habia sabido nada.... porque ella tuvo cuidado de que lo entretuviesen con el tresillo; así que su muerte.....

—Su muerte!! balbuceé..... su muerte!!!

—Si porque apenas llegamos á casa empezó á toser precipitadamente y á arrojar torrentes de sangre por la boca.

—Oh!! esclamé horrorizado.

—Era interesante verla caida sobre la otomana con su elegante traje blanco y su corona..

—Carlos, grité irritado, ni una palabra mas!!

—*Diabolo*, concluyó este sonriendo. ¿Qué mayor felicidad que morir valsando?

C. C.

Fin del primer tomo.

INDICE.

PROLOGO de D. Adolfo de Castro.....*Pág.* 5
PAQUITA, novela original.
Cap. I.—Galantería de príncipe..... 17
II.—Ojo de rey..... 25
III.—Dos príncipes que no se parecen..... 34
IV.—Obediencia de una jóven portuguesa..... 42
V.—Un duque que no sabe leer, ni escribir ni hablar 53
VI.—La luna de miel..... 60
VII.—Los trescientos patos y un ganso..... 66
VIII.—Ya encontramos á Delia..... 75
IX.—El duque correo..... 82
X.—Resolucion de un poeta solitario..... 90
XI.—Sitiar por hambre 97
XII.—Dos pájaros para un bebedero 104
XIII.—Un hombre que latiniza..... 111
XIV.—La verdadera locura del poeta..... 116
XV.—El pájaro muerto..... 121
ADORACION, novela original.
ADVERTENCIA..... 131
Cap. I.—..... 133
II.— 146
III.— 155
IV.— 166